

FBI

Selecciones



INMORTAL!
A CRIMINAL PLAN OF ACTION

A. RIVER

**MUSCULOS
Y
CEREBRO**

**SELECCIONES
DEL
F. B. I.**

A. River

**MUSCULOS
Y CEREBRO**

© A. River
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)

Printed in Spain
REEDICION

Depósito Legal: M. 23.533-1970

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bielsa, 6. MADRID-19

CAPÍTULO I

D

DOUGLAS Murphy estaba preocupado. Este hecho, en sí, no tiene nada de extraño; muchas personas lo están. Pero el motivo era algo intangible, distinto a otros muchos que en su vida se le habían presentado.

Esta vez se trataba de un asunto serio y abstracto, pero su instinto le presagiaba que algo había de ocurrir.

Nunca se había preocupado de vaticinar en el futuro, y había sentido desprecio por aquellos seres que, pretendiendo ahondar en las tinieblas de los acaeceres, sacaban conjeturas más o menos absurdas.

Aquel sexto sentido que le decía que algo iba a suceder le hacía sentirse intranquilo y le había hecho respirar con desasosiego más de una vez durante ese día.

Hacía unas horas que había salido de Chicago, y el viaje en ferrocarril le resultaba monótono y aburrido. Hubiera preferido tomar el avión, pero no había encontrado plaza. ¡Y Nueva York estaba tan lejos!

El tren corría a gran velocidad, y Douglas Murphy examinó por infinitésima vez el telegrama. Era urgente y estaba redactado en términos lacónicos.

Venía dirigido a Douglas Murphy, agente especial del F.B.I. El texto decía:

«Ven inmediatamente. Necesito tu ayuda. Stop. Telefonéame a tu llegada.

—*Larry*».

Recostado en la cama de su departamento, trataba de obtener mil soluciones al problema, sin lograr despejar la incógnita que le envolvía. ¡Pobre Larry! Siempre había sido un buen amigo.

Su amistad se originó años atrás y en circunstancias muy distintas a las actuales. Europa fue el escenario de aquel acontecimiento, y la Segunda Guerra Mundial se hallaba en todo su apogeo.

Ambos habían luchado juntos y ambos habían compartido también las mismas alegrías y los mismos sinsabores. Se llevaron bien, y su amistad llegó a trocarse en fraternidad.

Pero todo se acaba, y la guerra deja sus huellas. Larry fue una víctima más, solo que quedó con vida. Sus pulmones quedaron lesionados a consecuencia de los gases emanados de las explosiones, y hubo de ser

hospitalizado. Para él, la guerra había terminado, mientras que Douglas continuaba luchando.

El Cuerpo de Policía de Nueva York, al que había pertenecido, le había considerado inútil y pasado, por tanto, a la reserva.

Sus medios económicos eran limitados, ya que se reducían a la pensión que mensualmente le entregaban como antiguo agente.

Vivía con su hermana Rossy, una niña de catorce años, que hacía todo lo posible por consolar a su hermano y hacerle olvidar su imposibilidad física.

Douglas pasó unos días en compañía de tan reducida familia, que fueron como un sedante para sus alterados nervios.

La convocatoria de unas plazas para agentes especiales del F.B.I. le impulsaron a emprender una nueva vida al lado de la Ley.

El día de la marcha a la academia de Quantico, despidióse de aquellos dos hermanos, a los que nunca olvidaría.

Sabía que Larry era un gran aficionado a las armas de fuego, y le regaló un revólver, al que previamente había hecho grabar, en las cachas, las iniciales de su compañero de armas.

Verdaderamente, el revólver era una obra de arte; todo él era de plata y las cachas de nácar. Este magnífico ejemplar lo había conseguido en una tienda de antigüedades italiana.

Desde aquel momento, su vida quedó destinada para la noble misión de servir a la patria y hacer respetar la Ley.

Nunca más volvió a ver a Larry; cada uno siguió su vida. No obstante, la amistad no murió, a pesar de la poca correspondencia que se cruzaban. Le extrañaba aquella misteriosa llamada de auxilio.

Recordó que aún no había cenado.

El vagón-restaurant se encontraba casi vacío. Tan solo se veía una señora, de edad indefinida, que comía con displicencia, y un matrimonio joven.

Eligió con la vista una mesa apartada, donde pensó que sería el mejor sitio para no ser molestado por el bullicio de los viajeros, y tomó posesión de ella.

Tomó la carta y eligió los platos que más le agradaron, y el camarero marchó en busca del servicio.

Mientras esperaba, dedicóse a observar a los comensales. La pareja de enamorados parecía que se alimentaba única y exclusivamente de amor; seguían tiernamente mirándose a los ojos. La señora de más edad parecía un ser estoico; seguía en su misma indiferencia.

En otra mesa, y en la que antes no había reparado, por estar situada detrás de la puerta, un señor grueso y coloradote comía con satisfacción. Parecía el típico hombre de negocios.

Dedujo que era de raza latina, y tal vez, profundizando un poco más, casi podría asegurar que su cuna fuese la dulce Italia.

Comía un enorme plato de *spaguetis* con la maestría de un prestidigitador; la manera de darle vueltas al tenedor era perfecta. Mejor que comer, podría decirse que devoraba.

El vagón-restaurante iba lentamente llenándose de comensales, que afluían con la animación característica que proporcionan siempre los viajes.

—Su comida, señor —dijo el camarero, ya de vuelta.

El rumor de las conversaciones se acrecentaba por momentos. Dentro de poco ya no quedaría ninguna mesa libre.

Se acercó el camarero.

—Perdone, señor; una señorita pide permiso para sentarse a su mesa, si no tiene usted inconveniente. Tenga en cuenta que no queda ninguna libre.

—No, no lo tengo. Puede decirle que lo haga.

Momentos después, una joven se acercó. Douglas levantóse para recibirla y quedó un poco asombrado ante aquella aparición.

La verdad es que era una belleza en todos sus aspectos: alta, esbelta y muy bien proporcionada. Tenía el cabello negro, sabiamente recogido hacia atrás. Los ojos, algo rasgados, eran adornados por unas larguísimas pestañas. Coligió que si pestañeaba haría volar las servilletas, que eran de papel.

Los labios eran gruesos e incitantes, y Douglas sintió una sacudida eléctrica por todo su ser. Un vestido negro cubría sus esculturales formas y un escote en forma de uve mostraba más de lo debido.

—Muy agradecida, caballero. De no ser por usted, hubiera tenido que esperar a que se desalojara alguna.

—No tiene ninguna importancia. Pero no se quede ahí en pie; siéntese, por favor —dijo Douglas, ofreciéndole el asiento.

Hízose una pausa, mientras la viajera encargaba al camarero las viandas.

—¿Es la primera vez que viaja por esta línea? —preguntó ella.

—No. He hecho varias veces este viaje. ¿Y usted?

—Esta es la primera vez que voy a Nueva York.

—¿Viaja sola?

—Completamente, y le aseguro que resulta siempre algo violento para una mujer, ya que se encuentra una cohibida.

La cena transcurrió alegremente, y Douglas tuvo ocasión de divertirse en compañía de aquella hermosa mujer, que dijo llamarse Helen.

A los postres ya se hablaban como si se hubiesen conocido toda la vida. Aquella mujer le atraía de una manera irresistible.

Él, que habitualmente era un ser taciturno, se estaba portando como un colegial que sale de paseo un domingo por la tarde.

No recordaba haber estado más locuaz que aquella noche. Los dos rieron con frecuencia durante la velada.

El hombre grueso, que hacía rato había terminado el plato de *spaguetis*, dirigió varias veces la mirada hacia el rincón donde estaban ellos. Seguramente sus pensamientos no tendrían nada de puritanos.

La sobremesa fue larga y extensa. Cuando decidieron marcharse, ya languidecía la animación en el coche-restaurant.

Douglas la acompañó a su departamento, que estaba muy cerca del suyo, y marchóse a descansar. Quedaron citados para la mañana siguiente, a la hora del desayuno.

El tren enfiló una recta y silbó repetidas veces. Se acercaban a una estación.

Ya en su departamento, Douglas se acostó, disponiéndose a dormir. Cuando llegaron a la estación, había entrado en la primera fase del sueño.

* * *

Un ligero ruido metálico le despertó. Supuso serían imaginaciones suyas, producto del día tan agitado que había tenido, y esperó por si se repetía.

En efecto, se repitió. Alguien estaba trasteando en la puerta, pretendiendo abrirla con una ganzúa.

Tanteó Douglas debajo de la almohada, buscando su pistola, que no encontró, ni en esos momentos recordaba dónde la había dejado. Cuando dejaba de estar de servicio, perdía el instinto de alerta.

Sonó un fuerte chasquido, señal que la cerradura había saltado, y la puerta fue abriéndose lentamente. Douglas se situó tras ella, en espera de los acontecimientos.

Una sombra proyectóse sobre el departamento, y la puerta volvió a cerrarse con la misma suavidad con que se había abierto.

El misterioso visitante se encontraba a pocos centímetros de Douglas. Era el momento de actuar.

Disparó el puño con toda la fuerza de su brazo, y sintió dar de lleno en el rostro de su enemigo, que dejó caer al suelo un objeto metálico, mientras lanzaba una exclamación.

La reacción del visitante fue más rápida de lo que Douglas esperaba. Respondió con un directo, que le alcanzó en mitad del pecho, cayendo violentamente hacia atrás.

Aquel hombre era duro, tenía bastantes conocimientos de la lucha y del boxeo, y no estaba dispuesto a dejarse vencer fácilmente.

El desconocido atacó con furia, con la cabeza gacha y los brazos doblados sobre el pecho, formando una guardia perfecta.

Dada la rapidez de la agresión, no pudo hacer Douglas otra cosa que esquivarle, yendo a dar violentamente contra la pared opuesta del vagón.

Douglas aprovechó el momento pasando sus brazos bajo las axilas de su contrincante, cogiéndole la cabeza con ambas manos y haciéndole la llave Nelson.

Pero su antagonista sabía cómo defenderse de aquella llave, y lo hizo alzando los brazos, dejándose caer al suelo.

Douglas le pateó repetidas veces, hasta que su enemigo le hizo caer aparatosamente, cogiéndole por un pie y dobládoselo.

Una vez en el suelo, se abrazaron, y comenzó una lucha violenta y contenida, que se enconaba por momentos, agravándose más aún por las reducidas dimensiones del departamento, que imposibilitaban en mucho los movimientos.

Douglas sintió que unas manos le atenazaban la garganta, apretando con fuerza. Observó que su enemigo llevaba guantes, detalle en el que antes no había reparado.

Incorporóse Douglas, respirando con dificultad, todavía bajo los efectos de la reciente asfixia, y trató de reducir a la impotencia a su adversario, que se encontraba semiinconsciente a consecuencia del golpe recibido; pero un fuerte puntapié en la mandíbula le obligó, violentamente, a abandonar su intento, quedando aturdido.

El visitante aprovechó el momento para abrir rápidamente la puerta y se lanzó al pasillo, corriendo a toda la velocidad que sus piernas le permitían.

Cuando Douglas salió del departamento, divisó a su enemigo en el fondo del corredor, tratando de abrir la portezuela que comunicaba con el exterior.

El ruido producido por la lucha había despertado a algunos viajeros, que, en pijama y batines, afluían al pasillo, para enterarse de lo sucedido.

—No ocurre nada —exclamó Douglas—. Por favor, déjenme paso.

Sorteando cómo pudo a los curiosos viajeros, llegó hasta la puerta por dónde había salido su enemigo. Oteó en la oscuridad, pero no lo encontró.

El tren corría a gran velocidad por una pendiente, y pensó que hubiera sido una temeridad que el autor del atentado hubiese saltado a la vía.

¿Se habría subido al techo por la escalerilla de mano que se veía en el frontal del vagón?

Subió, y le vio correr dos vagones más allá. Lo siguió, pero cuando el hombre descendió por otro coche, y cuando él le imitó, no encontró rastro por ninguna parte: había desaparecido.

Registró varias unidades del convoy, causando la consiguiente extrañeza entre los viajeros al ver un hombre en pijama, roto, sucio, descalzo y con señales de golpes en el rostro. No obtuvo éxito.

Lo peor del caso era no haber conseguido ver la cara de aquel

individuo, ya que la lucha se había desarrollado en la más completa oscuridad.

Cuando regresó al coche-cama, reinaba una gran agitación. Los viajeros iban y venían de un lado para otro, tratando de satisfacer su creciente curiosidad.

Helen estaba también en el pasillo con una suave bata de raso cubriendo sus bellas formas, resultando más atractiva que nunca. Douglas no prestó atención a la joven y cruzó por entre los agitados viajeros.

—¿Dónde está el empleado de este coche? —preguntó.

—No le hemos visto —contestó uno de los viajeros—. Debe estar en su departamento.

Douglas dirigióse al lugar indicado, encontrando al empleado fuertemente atado y amordazado. El negro pateaba por desasirse de las ligaduras que le aprisionaban.

Le quitó la mordaza, y con ayuda de una navaja que encontró sobre una repisa cortó las cuerdas que le sujetaban.

—Gracias, señor. ¡Qué susto! Creí que me ahogaba con ese trapo puesto en la boca —exclamó el negro.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Douglas.

—No lo sé, señor. Lo único que puedo decirle es que me dieron un golpe en la cabeza. ¡Mi madre, y qué golpe! Debo tener un buen chichón. Después me ataron y amordazaron.

—¿Dónde estaba usted cuando le golpearon?

—En el pasillo —respondió el negro.

—¿Y no pudo ver quién fue?

—No, señor. Me dieron por la espalda.

—¿Le ovó usted llenar?

—En absoluto, señor.

Douglas convencióse de que el negro no sabía nada de aquel asunto y que era muy poca la información que podría facilitarle.

Así es que decidió no remover aquel caso y dejarlo dormir, ya que no conduciría a nada avisar al jefe de tren.

Sin responder a las presuntas de los curiosos compañeros de viaje, se dirigió a su departamento. Este se encontraba en el mayor desorden, a consecuencia de la feroz lucha entablada.

La puerta estaba astillada y no cerraba bien. Esto no le preocupó. La cerró como buenamente pudo, y se dispuso a continuar su interrumpido sueño, convencido de que aquella noche no volverían a repetir el atentado.

En el suelo vio un cuchillo. Sin duda se le habría caído al desconocido. Lo examinó. Era un arma corriente, de las muchas que se venden en los comercios de Chicago y en toda la Unión para ir de cacería. No le podría servir de pista.

De las huellas dactilares que tuviera tampoco cifraba grandes esperanzas, pues recordaba que el misterioso visitante utilizaba guantes. No obstante, la conservaría y la haría examinar en los laboratorios del F.B.I. a su llegada a Nueva York.

Antes de acostarse se aseó un poco. «La verdad es que ha sido una buena paliza», pensó, mirándose al espejo. Tenía el rostro cubierto de hematomas, y algunas de las heridas presentaban síntomas evidentes de haber sangrado.

El departamento ya lo ordenaría más adelante. Ahora lo importante era acostarse. Esta vez no le ocurriría como antes. Sacó la pistola de la funda, que se encontraba colgada en la percha, debajo de la ropa, y la colocó bajo la almohada. No le cogerían desprevenido.

Ya en la cama, detúvose a meditar el motivo del misterioso atentado. ¿Quién podría tener interés en quitarle de en medio, y a qué obedecería aquel ataque?

De pronto recordó el objeto de su viaje; y se sobresaltó. ¿Tendría alguna relación directa el telegrama de Larry con aquella ofensiva?

Y si esto fuera cierto... ¿a quién pudiera interesarle que él no llegase vivo a Nueva York?

Después de muchas conjeturas, no consiguió obtener más que un gran dolor de cabeza, con la consiguiente vuelta al punto de partida.

Aquello era un círculo vicioso. Estaba muy oscuro, y el misterio no era fácil de aclarar mientras el ferrocarril no llegase a la estación de destino.

Lentamente, y sin que él se diera cuenta, fue sumiéndose en la inconsciencia hasta quedar profundamente dormido.

A la mañana siguiente ya se encontraba en el vagón-restaurante, a la hora convenida con Helen. Ella no se había hecho esperar. Llegaron casi al mismo tiempo.

Ocuparon la misma mesa de la noche anterior. Ella fumaba un cigarrillo egipcio, que previamente había colocado en una larga boquilla de ámbar.

Su aspecto era menos sensual. No usaba maquillaje, pintándose de una manera sencilla. Los movimientos, no obstante, eran los mismos: reposados, estudiados y como si obedeciesen a un plan previo.

—¿Y dice usted que no conoció a su agresor? —preguntó Helen con cierta curiosidad.

—No, no tengo la menor idea de quién pueda haber sido.

—Tendrá que cuidarse. Puede repetir su intento.

—No lo dudo; pero no me dejaré sorprender.

—¿Tiene usted muchos enemigos?

—Que yo sepa, no. Pero, al parecer, hay alguien que tiene marcado interés en que este sea mi último viaje.

—No sea tan dramático. Quizá el móvil haya sido el robo.

—Pues se llevará un chasco si cree que llevo algo de valor —sonrió Douglas—. Pero dejemos esta conversación; no me agrada recordarlo. ¿Ha decidido, por fin, en qué hotel se va a hospedar?

—Aún no. A la llegada me orientaré —respondió Helen.

—¿Por qué no lo hace en el Majestic? Es el que he elegido para mí.

—No tengo ningún inconveniente. Lo mismo me da uno que otro. No conozco ninguno.

—Entonces, decidido. Nos hospedaremos en el Majestic —dijo Douglas jovialmente.

—¿Qué tal es ese hotel?

—Excelente. Hay una gran pista de baile, y el *barman* prepara unos combinados que son pura dinamita.

—¡Magnífico! No ha podido usted elegir un hotel que sea más de mi agrado.

—Eso quiere decir que coincidimos en gustos, lo cual me satisface.

El coche-restaurant se encontraba muy concurrido de viajeros. Los que pertenecían al vagón-cama, formaban animados grupos y dirigían constantes miradas hacia el lugar que ocupaba Douglas.

El viaje transcurrió sin nuevos incidentes. Al anochecer divisaron las primeras luces de Nueva York.

CAPÍTULO II

D

DOUGLAS tomó su pequeño equipaje, compuesto de un maletín y el gabán, y asomóse a la ventanilla de su departamento para contemplar la hermosa iluminación de la ciudad que a lo lejos se divisaba.

Los amplios andenes de la Central Terminal encontrábanse repletos de gente que esperaba la llegada de los viajeros.

Douglas la encontró algo más cambiada que en su viaje anterior. El monumental reloj, que presidía el ir y venir de las locomotoras, había sido sustituido por otro más moderno. No obstante, la animación era la misma. En esto no se percibía gran variación.

El convoy fue aminorando la marcha, hasta quedar completamente parado. Douglas saltó al andén y lanzó una mirada a su alrededor.

No divisó a Helen por ninguna parte. Ya la vería en el hotel. Después de muchos empujones, logró encontrarse fuera de la estación. No se sirvió de vehículo alguno. Después de tantas horas de viaje, le apetecía pasear un poco. La noche era muy agradable e invitaba a deambular por las calles.

Recordó, que tenía que telefonar a Larry. Buscó un teléfono público, e introdujo una moneda por la ranura.

Inmediatamente el aparato indicó la señal de marcar, hizo girar varias veces el disco y oyó en la lejanía una voz conocida:

—Dígame.

—¡Larry!

—¿Eres tú, Douglas? ¡Qué alegría! Creí que nunca ibas a llegar.

—Pues ¿qué pasa? Recibí tu telegrama. ¿Te ocurre algo?

—Sí y no —contestó Larry.

—Explícate mejor.

—Es muy largo de contar. Trataré de hacerlo.

—¿Quieres que vaya a tu casa? Ahí hablaremos con más tranquilidad.

—¡No, de ningún modo! Te matarían.

—¿Matarme? ¿Por qué? ¡Oh! Entonces, el atentado que sufrí durante el viaje, ¿está relacionado con tu telegrama?

—¿Qué han intentado asesinarte? En tal caso, tu vida corre un gravísimo peligro.

—¿Qué misterio es este de que me hablas?

—Te lo contaré todo. Tú sabes que yo siempre he sentido gran pasión por mi profesión de agente de Policía. Por tal razón, cuando, al regresar de

la guerra, me pasaron a la reserva, por inútil, experimenté un serio disgusto; pero me rehíce, y decidí continuar trabajando, no de una manera oficial, ya que esto no era posible, sino con carácter privado y particular. En resumidas cuentas: que decidí trabajar en la sombra ayudando a la Ley. De esta manera colaboré con éxito en diversas ocasiones, y mi cooperación, en la opinión de los que antes fueron mis jefes, fue considerada como eficaz.

»Pues bien: abreviando un poco en mi narración, te diré que una tarde, ya anocheciendo, me dirigí a un tugurio, en las inmediaciones de Harlem, a fin de acudir a una cita con el confidente de una banda para obtener ciertas informaciones de sumo interés. Estuve esperando algún tiempo, y cuando me dispuse a marchar, creyendo que ya no acudiría, le vi aparecer. Venía jadeante y asustadísimo. Sin detenerse, me condujo a un apartado, y con voz entrecortada me explicó lo sucedido: la banda se había enterado de su traición, y le perseguían como a un perro rabioso.

»El hombre me dio cuenta de su gestión. Unos miembros de la banda a la que pertenecía habían conseguido introducirse en unas oficinas del Estado y fotografiar importantes documentos. Trabajaban para una potencia extranjera que les pagaba muy bien. Mi amigo consiguió hacerse con el microfilm, y me lo entregó, con manos temblorosas. Parecía aterrado. Entre nosotros no se cruzaron demasiadas palabras. Cuando guardé el microfilm, me recomendó que huyera inmediatamente. Así lo hice. Al menos lo intenté; pero los *gangsters* se habían adueñado del tugurio y lo estaban registrando. Tuve que huir por la ventana. Me oculté en la oscuridad de un portal, desde donde se divisaba la fachada de la taberna, hasta que salieron los bandidos, y vi que habían conseguido atrapar al confidente.

»Desde aquel momento se acabó la tranquilidad. Seguramente le harían «cantar» antes de matarle. Lo cierto es que me sometieron a una estrecha vigilancia, y más de una vez intentaron asesinar me. Cuando la situación se hizo en extremo difícil, decidí telegrafiarle. Lo que no comprendo es cómo pudieron enterarse del texto del telegrama.

—Yo tampoco lo comprendo —dijo Douglas—, pero ya lo aclararemos más adelante. Lo importante, por ahora, es aniquilar esa organización de espionaje. ¿Conservas el microfilm?

—Sí, pero me es imposible entregárselo a las autoridades. Para eso te he llamado. Tú lo harás en mi lugar.

—Bien, de acuerdo. Pero... ¿de qué manera?

—¿Dónde estás tú ahora? —preguntó Larry.

—En Manhattan, cerca de la Central Terminal.

—Muy bien. ¿Sabes dónde está el Chinatown?

—¿Chinatown? ¿Te refieres al barrio chino? —exclamó Douglas—. Sí, creo que está al sur de esta isla. ¿Por qué?

—Nos veremos allí a las cuatro en punto de la madrugada.

—¿Por qué tan tarde?

—Porque a esa hora es más fácil burlar la vigilancia. Llevaré el revólver, por si hay contratiempos. ¡Ah! Otra cosa quiero decirte: en caso de que me detengan, me tragaré el microfilm. De esta manera ellos no lo encontrarán, y si me matan, cosa no improbable, arrojarán mi cadáver al río o en cualquier otro sitio. Al hacerme la autopsia, ya aparecerá.

—No seas tan pesimista, Larry.

—Hay que ponerse en todos los casos. El asunto lo merece.

—No obstante, sigo creyendo que sería mejor que yo fuese a tu casa y...

—Y nos encontraríamos en igual situación los dos. Tú también quedarías vigilado estrechamente. No, Douglas. No hay que arriesgarse, y si alguien tiene que morir, prefiero ser yo. Al fin y al cabo, soy un hombre enfermo, y poco puedo esperar ya de la vida.

—¿Por qué dices eso? Aún puedes ser feliz. No tienes más que proponértelo.

—Eso es muy sencillo decirlo; pero si estuvieras en mi lugar, verías las cosas de diferente manera. Bueno, quedamos en que a las cuatro, en el Chinatown, en la intersección que forman las calles Woodly y Rigton. ¿Entendido?

—Está bien, Larry. Hasta luego.

Con estas palabras dióse por terminada la conversación. Larry cortó la comunicación. Douglas permaneció durante algunos momentos con el auricular pegado a la oreja hasta oír un segundo «clic». Sería la central telefónica.

Cuando salió de la cabina, miró su reloj de pulsera. Eran las diez y media. Tenía tiempo suficiente para ir al hotel y cenar. No tomaría ningún taxi. La calle Ochenta y Seis estaba cerca. Entre las avenidas Park y Lexington se encontraba el hotel.

Fue su equivocación, pero no se dio cuenta hasta pasados algunos momentos. Aquello estaba muy solitario. Los ruidos se diseminaban, las aceras se estrechaban. Todas eran casas viejas y malolientes.

Douglas pensó en cómo una calle así podría encontrarse en el centro de la populosa, alegre y moderna Nueva York. Sus pasos resonaban sobre el pavimento. El silencio iba haciéndose cada vez mayor.

Era un silencio incómodo y desagradable. Una sensación de malestar le invadió, y llevóse la mano a la funda sobaquera para cerciorarse de que la pistola la conservaba en su sitio.

Dos sombras avanzaban hacia él. A medida que se acercaban, Douglas pudo distinguirlos. Por su profesión había aprendido a conocer a los hombres con solo un primer golpe de vista. Llevaban las manos en los bolsillos y caminaban lentamente, uno en cada acera, con el cuerpo ligeramente ladeado.

Sus actitudes eran de fieras al acecho. Los dos hombres se pararon al mismo tiempo. Había muchas yardas entre el agente y ellos, pero una bala las recorrería rápidamente.

Douglas se detuvo también. Aquello era una invitación a luchar. Miró a los dos hombres hito a hito, los cuales no se inmutaron, continuando en aquella misma insolente postura.

Daban la impresión de estar muy seguros de que su víctima no se les escaparía. El agente volvió el rostro hacia atrás. Otros dos individuos de la misma catadura le cortaban la retirada. ¡Estaba en una encerrona!

Arrojóse al suelo, y con increíble rapidez disparó sobre el farol que, aunque débilmente, iluminaba la escena, y sobre los dos contrincantes que tenía delante.

Uno de ellos lanzó un gemido, acompañado del ruido producido por la caída de un cuerno blando al chocar contra el pavimento. Posiblemente no estaría muerto, pues Douglas no había apuntado a ninguna parte vital del organismo.

Los que estaban situados detrás dispararon una fracción de segundo más tarde, y las balas pasaron silbando a pocos centímetros de su cabeza.

La situación era harto difícil, ya que con dos enemigos por la espalda y un tercero por el frente, cuya posición exacta desconocía, constituía un gravísimo peligro para él. Había que guarecerse.

Incorporóse, y dando un salto gimnástico, consiguió meterse en un portal cercano. Tres proyectiles le persiguieron como avispas.

El portal podía constituir un buen lugar para defenderse, pero pronto se convenció de que no había adelantado gran cosa.

Subió por los crujientes peldaños de la escalera, hasta situarse en un rellano, desde donde dominaba la entrada al portal. Si querían entrar, tendrían que ser por allí, y si lograban hacerlo, no llegarían a la escalera.

Divisó una sombra, que, agazapada, trataba de entrar. Resultaba un blanco excelente. Disparó sobre ella, e inmediatamente el hombre se incorporó, para caer pesadamente sobre las baldosas de la vieja casona.

Ya no quedaban más que dos *gangsters*. El número se había reducido a la mitad. La lucha resultaba más igualada.

Los dos restantes, advertidos del peligro, entraron en trompa, lanzándose al suelo, al mismo tiempo que disparaban hacia el rellano de la escalera.

Habían franqueado el punto de peligro, y el lugar ocupado por Douglas perdía su seguridad. Siguió escalera arriba, hasta llegar a la azotea. La puerta estaba cerrada.

Unos pisos más abajo se oían claramente las pisadas de los *gangsters* que subían. Disparó sobre la cerradura, haciéndola saltar, y la puerta quedó abierta.

La terraza era amplia y podía constituir un excelente campo de batalla. En el centro había una chimenea de mampostería, que serviría muy bien de parapeto, pero desechó la idea. Después de un momento de vacilación, se colocó detrás de la puerta.

Oyó perfectamente las quedas pisadas de los *gangsters* que se aproximaban. Douglas pegó con fuerza la espalda contra la pared, tratando de mimetizarse con ella. Levantando al mismo tiempo la pistola, presta a entrar en acción.

Los dos hombres entraron arrastrándose, sin sospechar que a la espalda dejaban a su enemigo.

—¡Arriba las manos! —ordenó Douglas.

La sorpresa les dejó paralizados por unos momentos. Uno de ellos trató de disparar, pero el agente del F.B.I. no le dejó terminar la acción. Esta vez fue implacable para con su enemigo. Estaba en juego su vida.

—Y tú, levántate sin hacer resistencia —dijo al bandido superviviente—. Podría costarte la vida.

El *gangster* estaba aterrado y chillaba como una rata.

—¡No me mate, por favor! Nosotros no pensábamos hacerle daño. Solo queríamos hacerle prisionero.

—Vuélvete de espaldas —ordenó secamente.

—¡Por favor, permíname la vida! —gimió el bandido.

—Vuélvete de espaldas, o disparo —ordenó Douglas con fiereza.

El bandido obedeció con temor. El agente del F.B.I. le golpeó en la cabeza fuertemente con la pistola, cayendo al suelo como un fardo.

A lo lejos oyóse la sirena de un coche de la Policía que se acercaba. Las luces de la casa estaban iluminadas, pero ningún vecino se atrevía a asomar las narices.

Douglas se echó al hombro el cuerpo inerte del bandido, y bajó la escalera. Cuando llegó al portal, la Policía entraba en la casa, sus siluetas uniformadas se destacaban en el umbral de la puerta.

—¡Alto, queda detenido! ¿Quién es usted? —preguntó un policía encañonándole con la pistola.

—Soy agente del F.B.I. —respondió Douglas, dejando al bandido en el suelo y mostrando su documentación.

El agente examinó la cartera que le extendió.

Luego miró a Douglas con sorpresa.

—Perdone. Le conduciré al sargento.

El sargento se aproximó.

—No es necesario, ya estoy aquí—y dirigiéndose a Douglas, preguntó—: ¿Conque del F.B.I.? ¿Es usted el autor de todo esto?

—Así ha resultado, y aún queda otro en la terraza. Creo que está muerto.

—¿Otro más? Es usted un demonio peleando. La ambulancia se encargará de trasladarlo. ¿Quién es este? —preguntó, señalando al inconsciente *gangster*—. ¿Un amigo suyo?

—¡*Quidá!* Todo lo contrario. Es otro de la banda.

—¡Magnífico! Ha hecho usted un soberbio trabajo.

Un policía se acercó.

—Mi sargento, hay otro cadáver en la terraza.

—Ya lo sé. Reúnelo con el otro y avise a la ambulancia.

—A la orden.

Dirigiéndose a Douglas, preguntó el sargento:

—Nos vamos. ¿Viene con nosotros?

—Sí; quiero yo mismo interrogar al prisionero.

—Nos lo llevaremos a la Comisaría.

—Preferiría que fuese al F.B.I.

—Como quiera; este hombre es suyo y usted manda. Iremos al F.B.I.

El coche emprendió la marcha y se dirigió al amplio edificio donde estaba instalada la famosa organización.

Las oficinas, dado lo avanzado de la hora, se encontraban desiertas. La guardia, no obstante, permanecía en su puesto. Desde la calle solo se veía alguna que otra ventana iluminada.

El automóvil se detuvo ante aquel enorme edificio de piedra gris.

—Ya hemos llegado —dijo el sargento.

—Douglas lanzó una mirada hacia el interior.

—No veo a nadie.

—¿Quiere que le ayuden mis hombres a transportar «esto»? —preguntó, señalando al aún inconsciente *gangster*—. Le ha dado bien, diablo; todavía duerme.

—Sí, que me ayuden. Ya despertará en lugar seguro.

Trasladaron al bandido al interior del edificio y los mismos agentes se encargaron de encerrarle.

—¡Douglas Murphy! —oyó una voz a su espalda.

Se volvió, extrañado al oír su nombre. Su sonrisa se amplió.

—¡*Castel!* ¿Cómo estás, chico? Cuánto tiempo sin verte. Ya sabía yo que pertenecías a la plantilla de Nueva York. ¿Qué hay de tu vida, tunante?

—Pues tirando. Aquí tenemos muy poco trabajo. Llevamos una racha en que no ocurre nada. Creo que estoy engordando a consecuencia de la apacible vida que estamos pasando. ¿Cómo está Chicago?

—Tremendo. Los agentes de aquella localidad tenemos mucho que hacer; siempre nos toca resolver las papeletas gordas.

—¿Puede saberse qué haces por aquí, con esa facha y trayendo un prisionero? ¿Es que te has metido en algún jaleo?

—Pues, aunque no lo parezca, estoy de vacaciones.

—¡Vaya unas vacaciones las tuyas! ¡Qué será de los *gangsters* de Chicago cuando se terminen!

—Sin darme cuenta me he metido hasta el cuello en un asunto gordo que me va a traer de cabeza. ¿Hay algún inspector?

—Sí; en su despacho. Te acompañaré.

Recorrieron varias estancias hasta llegar a una puerta pintada de blanco, donde había un rótulo en el que se leía: «INSPECTOR GOLDWING».

—Aquí es. ¿Se puede pasar, jefe? —llamó.

—Adelante, Castel. ¿Qué hay de nuevo?

El inspector era un hombre alto y obeso. Su rostro mofletudo y como congestionado denotaba en él un tipo sanguíneo.

Amplias arrugas surcaban su ancha frente, a consecuencia de la costumbre que tenía de subir las cejas al hablar. Sus cabellos habían comenzado a encanecer por la parte de los lados.

Douglas le supuso unos cincuenta años mal contados, aunque se mantenía fuerte y erguido. Sus ojos eran vivos, pareciendo detenerse en todos los detalles; la barbilla, cuadrada.

La sonrisa se dilató al entrar los dos agentes. Era una sonrisa franca y cordial.

—Jefe —dijo Castel—, le presento al agente Murphy, de la plantilla de Chicago.

—Encantado, Murphy. ¿Qué le trae por aquí? —dijo, estrechándole la mano con energía.

—Douglas dice tener un asunto interesante —terció Castel.

—¿Interesante? ¿De qué se trata?

—Es algo relacionado con un asunto de espionaje. Un amigo mío está en peligro y recibí su llamada de auxilio. Tiene en su poder un microfilm. Al parecer, alguien ha fotografiado unos importantes documentos por cuenta de un país interesado, y mi amigo ha conseguido sustraerlos. No tengo la menor idea de lo que puede contener el microfilm, pero debe ser algo muy importante cuando él se encuentra acorralado y han atentado ya tres veces contra mi vida.

El inspector Goldwing arqueó las cejas, interesado, y apoyados los codos contra la mesa de su despacho.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo.

Seguidamente, Douglas relató todo lo ocurrido desde que recibió el telegrama de Larry, juntamente con el atentado en el viaje y la conversación telefónica.

Mientras hablaba, el inspector fue tomando nota taquigráficamente. Era otra de sus costumbres: no fiar nada a la memoria. Su sonrisa había desaparecido.

—Tenemos que actuar rápidamente. ¿Dónde vive Larry?

—En Brooklyn —respondió Douglas.

—Pues es preciso sacarle de allí —dijo el inspector, pulsando el timbre de la mesa de despacho.

Un agente penetró en la estancia.

—¿Qué desea, inspector?

—Que preparen tres coches con hombres bien armados.

—A sus órdenes.

«Puede que tengamos jaleo», pensó para sí.

—Usted, Murphy, irá en uno de los coches abriendo la marcha; nosotros ocuparemos los restantes y le seguiremos. En cuanto al individuo que ha atrapado, ya nos ocuparemos de él más adelante. Ahora lo importante es proteger a su amigo. ¡En marcha! —dijo al inspector mientras se ajustaba la pistola.

Douglas admiró a Goldwing, que, a pesar de sus años, continuaba siendo un hombre dinámico y duro.

Los tres automóviles ya estaban preparados y esperando órdenes. El equipo de cada uno se componía del chófer, un agente que delante manejaba una ametralladora adosada al parabrisas y dos más detrás.

Todos de paisano. Douglas ocupó el primer coche, como le ordenaron, y la comitiva se puso en marcha.

La sirena les facilitaba la marcha, ya que no tenían que obedecer las señales de tráfico. Broadway lo atravesaron con la velocidad de un meteoro. La calle del Canal la dejaron pronto atrás.

Solo en el puente de Manhattan tuvieron una corta parada, en espera de que se descongestionara un poco la circulación. Al cruzarlo se encontraron en Brooklyn.

Cuando llegaron a la casa de Larry, un viejo reloj daba dos sonoras campanadas.

Larry vivía en el tercer piso; subieron la escalera de dos en dos y llamaron a la puerta. Esta se abrió, y una joven rubia apareció en el umbral. No tendría más de diecinueve años. Miró con extrañeza a los recién llegados y, de pronto, su rostro se iluminó.

—¡Douglas! —exclamó.

El aludido quedó un momento suspenso. ¿Quién sería aquella rubita tan encantadora que al parecer le conocía? ¿No sería la hermanita de Larry? No; aquella niña era una niña pecosa de catorce años. Pero habían transcurrido cinco años. ¡Cierto! Aquella preciosidad era la hermana de Larry, no cabía duda.

—¡Tú eres Rossy! ¡Chiquilla, cuánto has crecido! Ahora ya eres una mujercita, y muy bonita, por cierto.

La muchacha se ruborizó ligeramente.

—También encuentro que has cambiado.

—¿Para mejor o para peor?

—Para... las dos cosas; pero pasa, no te quedes en la puerta. Supongo que los que te acompañan serán amigos tuyos.

—En efecto. Te presento al inspector Goldwing, del F.B.I., y al agente Castel.

—Muchísimo gusto.

—El gusto es mío —replicó Castel con inusitada cortesía.

—Venimos buscando a Larry —objetó Douglas.

—No está en casa. Salió alrededor de las doce, y dijo que volvería más tarde.

—¿Qué no está? ¿Adónde ha ido?

—No lo sé, no me lo dijo. Le noté bastante preocupado a partir de una llamada telefónica que recibió a eso de las diez.

—Esa llamada fue la mía —replicó Douglas—. Lo siento, Rossy, pero tenemos que marcharnos.

—¿Qué ocurre? ¿Le sucede algo a mí hermano?

—No; tranquilízate. Que yo sepa, no le pasa nada. Pero es que estoy citado con él en Chinatown, y si no nos apresuramos, vamos a llegar tarde. Adiós, Rossy —dijo, dándole la mano.

—Estoy preocupada, Douglas.

—No te apures, no hay nada que temer—le tranquilizó el agente—. Pero sigue mis instrucciones: no abras la puerta a ningún extraño.

Seguidamente se marcharon. Ya en el coche, preguntó el inspector:

—¿Cree usted que le puede haber sucedido algo, Murphy?

—No lo sé, pero no estoy muy tranquilo.

—Pero ¿por qué diablos no ha esperado la llegada de alguna ayuda?

—Tampoco puedo responderle a esa pregunta. A Larry le conocí en la guerra, y era muy distinto al actual. A este no le conozco.

—¡En fin, ya veremos! —comentó filosóficamente el inspector.

Los coches volvieron a entrar por el puente de Manhattan, pero esta vez en sentido contrario. Chinatown estaba ya cerca de allí.

Cuando los tres automóviles entraron en el barrio chino, no había rastro de gentes. Los hijos del Celeste Imperio se dedicaban al descanso. En la intersección de las calles Woodly y Rigtton se detuvieron.

—Ya hemos llegado —dijo Castel—. No veo a nadie.

—Aún no es la hora —respondió Douglas.

—Bien, esperaremos—seguidamente el inspector ordenó—: ¡Dejen los coches por ahí y vuelvan! Tenemos que proteger estas calles, por si acude nuestro hombre a la cita.

Goldwing sabía que estas medidas eran en gran parte innecesarias; pero el prevenir los acontecimientos nunca estaba de más.

Distribuyó sus hombres en sitios estratégicos, y regresó al cruce con

Douglas y Castel, que le esperaban.

—Ya está todo preparado —dijo—. ¡Ojalá haya conseguido librarse de la vigilancia! ¿Un cigarrillo?

—No. Gracias, inspector; no me apetece fumar.

Seguidamente, Douglas se quedó solo en la esquina que formaban aquellas dos calles. El inspector y Castel se alejaron cada uno a sus respectivos puestos.

El agente se dedicó a pasear de un lado para otro con paso nervioso y ademanes intranquilos. Si Larry hubiese podido burlar la persecución, pronto estaría allí. Pero... ¿y si no lo hubiera conseguido?

La pregunta quedó en suspenso, sin respuesta. Douglas miró su reloj. Faltaban cinco minutos para las cuatro.

CAPÍTULO III

L

ARRY salió de su casa y se ajustó el revólver, lanzando una mirada a su alrededor. No había nadie, pero sabía que las ventanas de varias casas observaban con atención los menores movimientos que hiciera.

Tal vez le estuvieran encañonando desde algún lugar desconocido. Pero no había más remedio que arriesgarse y arrostrar los peligros que fuesen necesarios con tal de obtener un resultado positivo.

Se subió el cuello del gabán, bajando al mismo tiempo el ala del sombrero, de forma que le cubriera el rostro, y se lanzó a la calle, con las manos en los bolsillos.

Su silueta, alta y delgada, se recortó perfectamente a la mortecina luz de un farol. Los pasos eran largos y reposados, pero un sin vivir le consumía. ¡Daría cualquier cosa por encontrarse a varias millas de aquel lugar!

Al llegar a la esquina, emprendió una carrera loca y desenfrenada. Hacía años no había hecho semejante ejercicio, y notó que sus lesiones pulmonares se resentían.

Aquella carrera haría salir de sus madrigueras a los *gangsters* que vigilaban. La calle estaba desierta y no había miedo de tropezarse con un inocente viandante ajeno a la cuestión.

Faltaban unos metros para alcanzar la otra esquina, cuando oyó un disparo a sus espaldas, al que le acompañó un prolongado silbido, que pasó muy cerca de su cabeza. Al sonar la segunda detonación, Larry ya había doblado la esquina.

Fatigado por el esfuerzo, que su agotado organismo ya no resistía, apoyóse en la pared para tomar aliento.

Unos pasos precipitados le indicaron que se aproximaba el individuo que últimamente había disparado. Tendría que acabar con él si quería llegar con vida a su destino.

Esperó con la fría serenidad de un cazador que aguarda que caiga su presa en la trampa que le ha preparado, y cuando estuvo seguro de no fallar el tiro, disparó casi a boca de jarro.

Una expresión de infinito asombro y terror dibujóse en el semblante del bandido, al mismo tiempo que una mancha roja se agrandaba en su frente.

Larry contempló su obra con pesar. Le repugnaba tener que matar a un semejante; pero entre su vida y la de aquel desgraciado no había dudado en

la elección.

Ya repuesto del esfuerzo realizado, emprendió carrera por una calle lateral y desierta. Sabía que sus enemigos no habían terminado aún la persecución, y pronto aparecerían más.

Convenía, por tanto, aprovechar aquellos momentos, que eran preciosos para su existencia.

Efectivamente, no se había equivocado en su teoría. Varios *gangsters* emergieron en aquellos momentos por el final de la calle.

Un taxi pasó muy cerca y, apresurándose, lo tomó en marcha.

—Soy de la Policía, y voy de servicio.

Larry abrió la portezuela y entró en el vehículo.

—Procure despistar al coche que nos sigue, o tendremos un disgusto.

—Lo intentaré.

Pisó con fuerza el acelerador, y el coche dio un brinco para emprender una carrera a fantástica velocidad.

A pesar de la pericia del conductor, la distancia que les separaba del automóvil perseguidor no había aumentado gran cosa. Larry desenfundó su revólver.

—En las curvas parece que no se portan mal. Son duros de pelar —comentó el taxista—. Veremos cómo se portan en las rectas.

Seguidamente enfiló una amplia avenida a la máxima velocidad que el motor le permitía. El chófer confiaba en la potencia de su coche.

—¡Nos alcanzan! Llevan mejor «cacharro» que nosotros —dijo Larry, después de lanzar la vista hacia atrás—. Será mejor que volvamos a la táctica de las curvas y dejémonos de hacer experimentos.

—¡Está bien! No nos queda otro remedio. ¡Oiga! ¿Saldrá esto en los periódicos de la mañana?

—Seguramente. Y si esta gente nos deja tranquilos, aparecerá en todos los diarios de la Unión, en grandes titulares.

—Entonces, cuando llegue ese momento, no se olvide de mi nombre. Me llamo Alex Smith.

—Bien, Alex. Procure despistarlos cuanto antes, porque si no donde vamos a salir será en la lista de bajas del Departamento de Estadística.

Volvieron a internarse por callejas estrechas y accidentadas, favoreciéndoles en algo la suerte, ya que consiguieron sacarles un poco de ventaja.

En una de las curvas estuvieron a punto de chocar con otro vehículo que se cruzó en su camino. El conductor lanzó una maldición.

Una rápida sucesión de disparos ininterrumpidos les advirtió que los *gangsters* llevaban una ametralladora tipo Thompson.

Larry sacó el brazo y apuntó cuidadosamente al conductor enemigo. Una lengua de fuego brotó de su revólver, sin obtener resultado.

El proyectil se estrelló contra el parabrisas, a la altura de la cabeza del bandido que llevaba el volante: los cristales eran irrompibles.

Una descarga cerrada respondió al disparo. Algunos impactos se estrellaron contra la carrocería del indefenso taxi.

—Acelere, Alex, que nos van a freír.

—No puedo, señor. Vamos a la máxima velocidad.

—Ponga dirección a Manhattan. ¿Puede hacerlo?

—Por ahora, no —respondió el taxista—. Nos alejamos cada vez más de la isla. Procuraré cambiar de dirección en la próxima esquina.

El brusco cambio de dirección anunciado lanzó a Larry hacia el rincón de su asiento, al mismo tiempo que con los brincos casi le hicieron tocar el techo con la cabeza. Los *gangsters* imitaron la operación, continuando la persecución, sin dejar de disparar con la ametralladora.

Uno de los impactos dio de lleno en uno de los neumáticos traseros, reventándolo, y el conductor, demostrando una veteranía y sangre fría digna de todo elogio, torció rápidamente por una calle lateral, evitando por el momento el vuelco.

—Tengo que frenar. Así no podemos seguir. Nos estrellaríamos.

—¡Hágalo y márchese, si puede! A quien buscan es a mí. Avise a la Policía.

El automóvil se detuvo, y los perseguidores pasaron por su lado, disparando continuamente con la Thompson.

Larry y el chófer salvaron sus vidas acurrucándose en el suelo del coche. Rápidamente, Alex abrió la portezuela y saltó temerariamente a la acera, corriendo a toda velocidad.

Algunos disparos le persiguieron, pero consiguió llegar felizmente a la esquina.

Los *gangsters* se detuvieron a pocos metros del taxi y continuaron disparando, concentrando su fuego sobre el motor.

Su intención era bien clara. Pretendían no solo inutilizarlo, sino incendiarlo. Esto les resultaba bastante fácil, y así lo hicieron.

Uno de los proyectiles perforó limpiamente el depósito de la gasolina, que, al desparramarse sobre el aún caliente motor, se inflamó, amenazando con hacer explosión de un momento a otro.

Aquella situación era en extremo peligrosa para Larry, pues, de quedarse en el coche, lo más probable sería que en el incendio se achicharrase él también, y si salía, los *gangsters* le acribillarían hasta convertirlo en un colador.

Por otra parte, si esperaba a que se incendiara el taxi para huir, seguramente la iluminación producida le haría constituir un blanco perfecto.

Lo más acertado, por tanto, sería intentar la salida en estos momentos

que se podía proteger con el coche.

Abrió la portezuela y saltó a la calle. Las balas se estrellaron contra la chapa metálica. Larry, a pesar de la dramática situación en que se encontraba, sonrió humorísticamente al contemplar la cacería que se estaba organizando en su honor.

Hacía años que no olfateaba el peligro tan de cerca como lo estaba haciendo ahora.

Tendría que abandonar aquel lugar, porque dentro de poco el motor del taxi se convertiría en una bomba. Protegido por la portezuela, retrocedió, hasta llegar a la parte posterior del coche.

Vio asomar una cabeza por una de las ventanillas laterales del sedán perseguidor, y disparó. La cabeza, en vez de ocultarse, se mostró aún más, y declinóse. Le había acertado. Una gotera de sangre comenzó a regar el suelo. Ya llevaba dos aquella noche.

Ocultóse más tras el automóvil, y respiró. ¡Ya era hora! El motor estalló con ruido ensordecedor. Las llamas lamerían toda la carrocería en pocos minutos hasta convertirla en un montón de chatarra.

Larry retrocedió paso a paso con el revólver amartillado. Los *gangsters* salieron del sedán y avanzaron lentamente hacia él. Eran tres.

Dos de ellos situáronse a uno y otro lado de la calle, mientras que el tercero se colocaba en el centro. De esta manera, y agazapados, continuaron el avance.

El antiguo policía disparó, errando el blanco. Los bandidos respondieron con un fuego graneado, que le impidió hacer todo movimiento de salvación.

Las pistolas enmudecieron por unos momentos. La calle quedó en silencio. No se oía más que el ruido crujiente de las llamas, que, lentamente, retorcían la chapa de la carrocería.

Tras este horno, Larry sentía un calor sofocante y una progresiva asfixia que le atenazaba los pulmones. Pensaba que se vería obligado a salir de allí a fin de respirar un poco de aire puro de la noche. De lo contrario, se expondría morir como una cucaracha.

Claro está que una salida en aquellas circunstancias equivalía poco menos que a una muerte cierta; pero eligiendo entre una u otra, coligió que siempre resultaba preferible morir matando.

Tal como lo pensó, lo hizo. Salió del parapeto, disparando sucesivas veces con su revólver. Los bandidos quedaron paralizados por unos momentos.

Cuando reaccionaron, dispararon frenéticamente sobre Larry. Este se había tendido en el suelo, pasando la ráfaga de proyectiles muy por encima de su cuerpo, donde segundos antes había estado.

Disparó a su vez, y la suerte le acompañó, alcanzando a uno de sus

enemigos en pleno estómago. El bandido se dobló sobre sí mismo, lanzando un agudo alarido de dolor, para caer como una pelota en el centro de la calzada, cogiéndose el vientre con ambas manos.

Aquel fue el último disparo que el policía tuvo oportunidad de hacer: una bala le rozó en la cabeza, chocando con fuerza su frente contra el asfalto del pavimento.

—¡Le di! —exclamó uno de los *gangsters*.

—Ten cuidado —advirtió el otro—. Puede ser una treta. Este es un pájaro de cuenta.

Avanzaron los dos bandidos, con las armas prestas a disparar al menor movimiento sospechoso del caído. Y cuando llegaron a su lado, uno de ellos le dio la vuelta con el pie.

—¿Está muerto? —preguntó el otro.

—No. Solamente tiene un rasguño en la cabeza. Ha sido un tiro de suerte. Pronto volverá en sí.

—¿Le rematamos?

—Nada de eso. Al jefe le interesará mejor vivo. Al menos, llevándoselo, justificaremos las bajas que nos ha hecho.

Mientras tanto, el *gangster* caído continuaba retorciéndose de dolor, atronando la calle con sus quejidos. El que parecía llevar la voz cantante, se impacientó:

—¿Quieres callarte ya?

A lo lejos comenzó a sentirse la sirena de un coche de la patrulla volante metropolitana que se acercaba.

—Llevémonos pronto a este, antes de que lleguen —exclamó, señalando al inanimado cuerpo de Larry—. No quiero complicaciones con la «bofia».

—¿Y yo? —gimió el *gangster* herido.

—Tú ya no nos sirves para nada. No tienes salvación. Pero si te cogen, podrías delatarnos. Sabes demasiado. Lo mejor sería terminar contigo de una vez.

Al malogrado *gangster* se le agrandaron los ojos por el terror.

—¡No me mates, Mighty! ¡Déjame morir tranquilo! ¡Te juro que no diré nada!

—No hay otra solución, Grant. El hombre, a la hora de la muerte, suele ser débil. No me fío de ti. Tengo que velar por mí seguridad y la de todos los demás.

Fríamente, apuntó a Grant. Las sirenas oíanse cada vez más cerca. El *gangster* herido miraba hipnotizado el negro agujero de la pistola de donde saldría la bala que había de acabar con su vida.

Mighty oprimió el gatillo. Un estampido turbó de nuevo la tranquilidad de aquella desierta calle, y Grant dejó de tener problemas.

—¡Vámonos pronto de aquí! —exclamó el malvado.

Cogieron a Larry y lo transportaron al interior del coche. Su revólver le resbaló de la mano y botó en la acera, apoderándose de él el asesino y guardándoselo en uno de los bolsillos de la gabardina.

—¡En marcha! —dijo, cuando estuvieron acomodados en el sedán—. Iremos a Queens, y por el túnel submarino de Midtown volveremos a Manhattan. Creo que es el mejor camino para no tener tropiezos con la Metropolitana.

Arrellanóse en el asiento posterior, y tranquilamente se puso a examinar el revólver de Larry.

—¡Bonita arma! ¿De dónde habrá sacado esta joya? Me la guardaré como recuerdo de este día.

* * *

Hacía unos minutos que habían dado en un reloj de torre en el Chinatown cuatro sonoras campanadas. Larry aún no había aparecido, y Douglas comenzaba a impacientarse.

Su nerviosismo iba llegando al paroxismo. Consultó repetidas veces su reloj de pulsera, no consiguiendo más que aumentar su inquietud, y tentado estuvo más de una vez de abandonar aquellos lugares y volver a casa de su amigo.

La idea no le pareció mala del todo. No obstante, hubo de reconocer que su deseo de regresar al piso de Larry obedecía más bien al placer de volver a ver a su hermanita que a cualquier otro motivo.

Le hubiera gustado charlar más tiempo con ella. Pero con la precipitación que llevaban no había sido posible dilatar la conversación.

Verdaderamente, aquella niña se había convertido en lo que se llama un «bombón». Si hubiese sabido que Larry tenía una hermana así, no hubiera estado, desde luego, tanto tiempo ausente.

Ya estaba llegando a aquella peligrosa edad en que la juventud comienza a iniciar su declive, y no quería dejarla escapar, aferrándose a ella con todas sus fuerzas.

En Rossy esta preocupación no existía, e inspiraba sentimientos puros y románticos, mientras que en Helen eran morbosos y sensuales.

Distraído con estos pensamientos, fue pasando el tiempo gradualmente. Ya se vislumbraba un suave resplandor rojizo en el horizonte, anunciando el comienzo de un nuevo día.

Larry no había aparecido, y ya era probable que no lo hiciera. Por una de las calles vio venir al inspector Goldwing acompañado de Castel. Le resultaba simpático, y hasta le admiraba.

—¿Nada? —preguntó.

—Nada, inspector. Hemos tenido mala suerte —contestó Douglas apesadumbrado.

—Lo siento, muchacho.

—Gracias. Es usted muy amable. ¿Qué le parece que hagamos?

—Lo primero, marchamos. Usted, váyase a descansar. Ha dormido muy poco estas últimas noches, y necesitamos agentes en plenas facultades. Nosotros nos encargaremos de indagar el paradero de su amigo. Ya le avisaremos cuando haya alguna novedad. ¿Dónde se instalará?

—En el hotel Majestic. Está en la calle Ochenta y Seis.

—¿Quiere que le acompañemos?

—No, muchas gracias. Pienso hacer una visita a casa de Larry.

—Como quiera. ¡Vámonos, Castel!

Los coches emprendieron la marcha, y el agente especial volvió a quedar solo. Vio un autobús que se dirigía a Brooklyn, y lo tomó.

Cuando se apeó, encaminóse a casa de Larry. Como era algo temprano, decidió desayunar en un automático que acababa de abrir sus puertas para servir a empleados y trabajadores que a aquella hora tenían necesidad de alimentarse.

Ya repuesto, dirigióse a casa de su amigo, sin más dilación. Subió los tres pisos y llamó a la puerta. La muchacha apareció en el umbral.

—Hola, Douglas. Te esperaba. Pero ¿no viene mi hermano contigo?

—¿Larry? ¿Es que no está aquí?

—¡No! Creí que estaríais juntos.

—He estado toda la noche esperándole.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué le habrá ocurrido?

—No lo sé, pero estoy preocupado.

Enmudecieron durante un momento, y Douglas rompió el silencio tras una corta duda.

—Rossy... no quisiera alarmarte, pero creo que tu hermano se encuentra en un gran peligro.

—¿Qué clase de peligro? —preguntó, extrañada y con ansiedad.

Douglas le contó en pocas palabras todo lo que sabía en aquel asunto.

—¿Y... tú crees que lo han matado? —preguntó débilmente ella.

—No lo sé, no estoy seguro. ¿Tú no sabías nada de esta cuestión?

—Nada. Mi hermano no me contaba nunca sus cosas. Era muy reservado cuando se trataba de su trabajo. Siempre me consideraba cómo a una niña pequeña.

—Entonces perdóname. No era mi intención darte este disgusto.

—No te preocupes por eso, Douglas. Tú siempre has sido un buen amigo —suspiró la muchacha, con voz apagada.

—Y lo sigo siendo. ¡Vamos, ánimo! No te aplanes. Si tu hermano vive, lo salvaremos. En caso de que hubiese muerto, la patria le deberá

eternamente gratitud y le contará entre sus héroes.

—Eres muy bueno. Me animas.

—¿Qué te parece si este mediodía fuésemos a comer a algún sitio?

—Me gustaría; pero creo que no podría comer nada.

—Volveré luego a recogerte. Ahora voy a instalarme en el hotel y a asearme un poco. No te preocupes demasiado.

El hotel Majestic era uno de primera categoría. Estaba situado en una calle muy céntrica, y el movimiento en aquella hora de la mañana era el mayor del día, ya que coincidía con la llegada de los aviones de Europa. Por tanto, la animación era extraordinaria.

Douglas inscribió su nombre en el registro, y un «botones» le acompañó a su habitación. Hacia el número 202.

—¡Capicúa! —exclamó Douglas al verlo—. Estos números dicen que traen suerte. Veremos si tienen razón.

Arrojó la maleta sobre la cama y procedió a abrirla. Era hombre que había necesitado siempre pocas cosas. Acostumbrado, por su profesión, a viajar continuamente a las horas más intempestivas y de las formas más imprevistas, había dado cuenta que el excesivo equipaje es un lastre y un problema.

El «botones» trataba insistentemente de ayudarle. Douglas le dio medio dólar. El muchacho hizo una reverencia, y allí terminó su ayuda. Salió al pasillo, dando cortésmente las gracias.

Revolviendo en su equipaje, tropezó con un objeto metálico. Era el cuchillo que arrebató al desconocido del tren. Lo envolvió cuidadosamente en un pañuelo, haciéndose el propósito de enviarlo a que examinaran las huellas dactilares, si es que había alguna.

Después de tardar algún tiempo en asearse y ponerse en condiciones más aceptables, bajó al salón de lectura, a fin de hacer un poco de tiempo.

Cogió una revista y trató de leer; pero su pensamiento estaba muy lejos de allí y no lo consiguió.

Cansado de leer, y viendo que no lograba retener nada de lo que veía, levantó la mirada por encima de la revista, lanzando una ojeada a su alrededor.

En el salón no había más que personas mayores, que afanosamente devoraban las páginas que estaban leyendo. De pronto, su mirada se encontró con otra. ¿Quién sería ese señor grueso que estaba en el otro extremo de la sala y con quien se había cruzado la vista?

El caso era que aquel rostro no le era del todo desconocido, pero... ¿dónde lo había visto antes? ¿Dónde?

Después de meditar un momento, cayó en la cuenta. Aquel señor lo había visto en el tren. Sí; allí fue. Era el gordo aquel que en el vagón-restaurante devoraba un enorme plato de *spaguetis* con el frenesí de un

caníbal. Cerró la revista y salió de la sala. En el pasillo, una voz conocida le llamó por su nombre:

—¡Douglas, Douglas!

—¡Hola, Helen! Me alegro de volver a verla —exclamó, tendiéndole la mano.

—¿Dónde se ha metido usted? Ayer desapareció de la estación, y en el hotel no le vi en toda la noche. ¿Se puede saber en qué juerga estuvo?

—En ninguna, se lo aseguro. Yo soy un hombre formal y de buenas costumbres. Es que tenía que liquidar unos asuntos de urgencia y no podía demorarlos. Hace un rato que me he inscrito en el registro.

—De aquellos cócteles que me habló eran pura dinamita, ¿dónde están?

—Pero... ¿aún no los ha probado? Pues vamos al bar. Le aseguro que no los preparan mejor en toda la Unión —dijo Douglas, tomándola del brazo y dirigiéndose a la barra.

El *barman* preparó los combinados, que bebieron lentamente entre risas y bromas. Repitieron varias veces el brebaje, y cuando Douglas salió del hotel iba más alegre que de costumbre, la cabeza le zumbaba un poco.

Un taxi le dejó en casa de Rossy. Subió y llamó repetidas veces; no obtuvo contestación. Nuevamente repitió la llamada, siendo la respuesta idéntica a la anterior. Nada, la casa estaba en silencio.

Alarmado por la tardanza, trató de forzar la puerta, pero esta era demasiado fuerte y resistió el empujón que le propinó. Un patio daba claridad al descansillo de la escalera.

Asomóse y vio que el pretil podría servirle de ayuda para entrar en el piso. Claro es que la ventana más próxima se encontraba algo distante. Por tanto, tendría que andar un buen trecho suelto de manos.

Sin pensarlo, saltó el alféizar de la ventana, colocándose sobre el pretil, de espaldas a la pared. Lentamente fue avanzando en esta incómoda y peligrosa postura. Se encontraba a una altura de tres pisos. Un paso en falso, un vahído, un pequeño desvanecimiento, o bien la simple sensación del vértigo, podría resultarle fatal. Procuró no pensar en ello.

Cuando alcanzó la ventana, su frente estaba cubierta de sudor, y su mayor desesperación fue encontrarla herméticamente cerrada. Un golpe en el cristal dado con el codo resolvió el problema.

Asió con ambas manos el cerco de la ventana y un hondo suspiro se escapó de su pecho. Introdujo el brazo y abrió las fallebas, saltando dentro del departamento.

Este era de reducidas dimensiones; cuatro piezas lo componían, pero estaban en el más completo desorden. Parecía que un ciclón acababa de pasar por allí.

Los cajones de los muebles se encontraban abiertos y su contenido esparcido por el suelo. Los asientos destripados y los colchones tenían la

lana fuera. Presentaban todas las trazas de haber sufrido un registro a conciencia.

Rossy no se encontraba en ninguna de las habitaciones. Aquello le tranquilizó un poco, pues temía hallarla herida, y, lo que es peor, tal vez muerta.

Una rabia sorda le invadió todo su ser, y apretó los puños para desahogar la cólera que le dominaba. ¡Canallas! No le cabía duda de quiénes eran los secuestradores, pero lo malo era que no tenía ninguna pista para llegar a ellos.

Relacionando un poco los hechos, llegó a la conclusión de que aquel concienzudo registro obedecía a una finalidad patente: encontrar el microfilm.

El que se hubieran llevado a Rossy proporcionaba un rayo de luz sobre el asunto: que el registro no había tenido éxito y trataban de valerse de ella para obligar a Larry a que confesara.

Esta era la única explicación que Douglas obtuvo de todo aquello. Larry vivía y no había querido declarar el paradero del deseado microfilm. Entonces supusieron que podría estar escondido en el piso, y fueron a practicar un registro. Al no encontrar lo que buscaban, se llevaron a su hermana, lo cual obligaría a Larry a «cantar».

Era preciso obrar rápidamente, pues si Larry entregaba el microfilm, su vida y la de su hermana ya no les serviría de nada y los asesinarían. Con ello quitaban de en medio a dos testigos peligrosos.

Dirigióse al teléfono y marcó.

—¿El inspector Goldwing?

—Enseguida, señor. ¿De parte de quién? —preguntó una voz desde el otro extremo del hilo.

—Del agente Murphy.

Poco después acudió el inspector al aparato.

—¡Murphy! ¿Dónde diablos se ha metido? Llevo más de dos horas llamándole al hotel...

—Estoy en casa de Larry.

—¿Y qué hace usted allí? ¿No le dije que se marchara a descansar?

—Sí. Pero no he podido seguir su consejo. Ha ocurrido algo que no esperábamos.

—¿Qué no esperábamos? ¿Qué es lo que ha sucedido?

—Han secuestrado a Rossy, y han vuelto la casa del revés, con claros indicios de haber sufrido un registro.

—Enviaré una brigada de peritos para tratar de descubrir alguna pista

—dijo el inspector—. ¡Pero véngase pronto! Tengo que hablar con usted. ¿Tiene alguna fotografía de Larry?

—No, no tengo ninguna. Buscaré por aquí por si la encuentro.

Ambos colgaron al mismo tiempo el auricular. Seguidamente rebuscó por las habitaciones, tratando de hallar el retrato solicitado.

Cuando lo encontró, salió a la calle, dejando la puerta ligeramente encajada, para que los agentes de la brigada no tuviesen que entrar en el piso de la manera tan acrobática como lo había hecho él.

Ya en el departamento del F.B.I., se dirigió al despacho del inspector, que le estaba esperando.

—¡Al fin llegó usted! Siéntese y charlemos. ¿Trae la fotografía que le pedí?

—Aquí la tiene —respondió Douglas mostrándosela.

—Guárdela; nos servirá dentro de poco—después de una pequeña pausa, prosiguió—: Douglas, este es un asunto muy delicado, y confieso que estoy bastante preocupado. Por tanto he pensado que, ya que está usted tan interesado como yo, y encontrándose de vacaciones, ¿qué le parecería si le pidiese que se encargara de llevar adelante toda esta cuestión?

—Le agradezco que me lo proponga. Pensaba solicitárselo.

—Entonces no tenemos más que hablar. Castel le ayudará en su trabajo.

—Procuraremos no defraudarle.

—Así lo espero. Ahora pasemos a hablar de otra faceta del mismo asunto: la Policía Metropolitana nos ha enviado a un conductor de taxi que asegura haber llevado en su coche, a eso de las cuatro de la mañana, a un tipo al que unos *gangsters* atacaron. Muy bien pudiera tratarse de nuestro hombre.

Seguidamente el inspector llamó a un subordinado.

—¡Tráigame al señor Smith!

—A sus órdenes. Ahora mismo.

Goldwing se volvió hacia Douglas.

—Saque la fotografía; vamos a enseñársela.

A continuación entró el agente acompañado del conductor del taxi.

—Siéntese, míster Smith. ¿Reconoce esta fotografía? —preguntó el inspector.

—¡Sí! —exclamó el conductor—. ¡Es el tipo que anoche llevé en mi coche!

—Muy bien. ¿No podría proporcionarnos algún otro dato sobre los asaltantes?

—No sé si les servirá de mucho mi información. Desde luego, tomé el número de la matrícula; pero creo que no tendrá ninguna utilidad. Seguramente será falsa.

—¿Por qué?

El hombre se encogió de hombros desconcertado.

—Qué sé yo... Es una suposición mía.

—¿Tiene la matrícula?

—Sí, señor —dijo el taxista, entregándole un arrugado papel.

—Gracias. Puede retirarse. No olvide dejarnos su dirección por si volvemos a tener necesidad de molestarle.

El taxista se marchó, y tanto Goldwing como Douglas pusiéronse en movimiento.

—¡Vamos a los archivos!

—Otra cosa, inspector. Quisiera que examinaran las huellas dactilares de esto —dijo mostrándole el cuchillo que había recogido del vagón.

—Lo dejaremos en el laboratorio —dijo Goldwing entregándole el cuchillo a un empleado.

Seguidamente se pusieron a revolver en el archivo.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Goldwing con una ficha en la mano—. El automóvil pertenece a un tal Henry Seening. Es propietario de un garaje de Bronx.

—¿Qué le parecería si le hiciera una visita? —preguntó Douglas.

—Creo que es lo más acertado. Quizá nos proporcione un poco de luz.

—Entonces marchó enseguida.

—No vaya solo; pida a Castel que le acompañe.

Castel estaba en uno de los despachos, charlando animadamente con una mecanógrafa que mostraba unas lindas piernas y hablaba por los codos. Douglas le llamó y le explicó lo que pretendía.

—De acuerdo, pero me has hecho polvo. Yo que pensaba invitarla al cine... ¡Adiós, preciosidad! —dijo despidiéndose apesadumbrado de la mecanógrafa.

En la calle y a todo gas se dirigieron a la isla de Bronx. No hicieron el menor caso de las señales de tráfico, y ello originó que un motorista les siguiera, haciendo tocar la sirena. Cuando les alcanzó atravesóse en la calzada, haciendo frenar el automóvil.

Castel le increpó, indignado:

—¡Quítese de en medio! ¿No ve que está estorbando?

—Lo siento, señores, pero tengo que multarles. Han contravenido todas las reglas de la circulación.

—¡Al diablo la circulación!

Douglas terció en la conversación.

—Vuelva a su puesto, agente. Somos del F.B.I. y llevamos prisa—le dijo mostrándole la documentación.

—Ustedes perdonen, no lo sabía. ¿Por qué no lo han dicho antes? —y encarándose con Castel, continuó—: Además, no llevan coche oficial.

—¿Qué no es oficial? —exclamó Douglas—. Castel, este coche lo tomaste tú. ¿De quién es?

—Del inspector Goldwing.

—¡Buena la hemos hecho! Se va a poner hecho una fiera cuando se

entere.

—No lo creas. Se lo pedí para llevar a la mecanógrafa al cine. Nunca me lo niega.

Continuaron la marcha y al poco rato estuvieron en Bronx.

El garaje que buscaban era un local amplio y con varias naves, muy cerca del río Harlem. Una techumbre de cinc las cubría. Unos despachos al fondo completaban la decoración.

Dejaron el coche a alguna distancia y entraron en el garaje.

—¿Está míster Seening?

—Sí, señor —dijo uno de los mecánicos—; en el despacho del fondo.

Se dirigieron al despacho.

—¿Usted es míster Seening? —preguntó Douglas a un hombre joven y bien vestido.

—En efecto. ¿En qué puedo servirles?

—Somos del F.B.I. ¿Tiene usted un coche con esta matrícula?

—Sí —dijo, después de leer el papel que Douglas le entregó—. Pertenece a uno de mis coches que tengo para alquilar.

—¿Sabe a quién lo alquiló anoche?

—Tendría que mirar en los libros. Vamos a ver. ¡Sí, aquí está! Se lo alquilé a míster William Wescot, pero lleva dos meses utilizando el mismo automóvil.

—¿Se les exige documentación para ello?

—No es costumbre si depositan una fianza. En caso de desperfectos nos cobramos de ella y no tenemos por qué preocuparnos.

—¿Continúan con la fianza?

—No lo sé. Lo preguntaremos a Nick; es el que hizo el servicio anoche. ¡Eh, Nick!

—¡Allá voy, jefe! —dijo uno de los empleados dirigiéndose hacia ellos.

—Mira, Nick. Queremos saber a qué hora entregaron el coche negro.

—No puedo decírselo con certeza, pero calculo que serían sobre las seis de la mañana.

—Y de la fianza, ¿qué hay?

—¡Ah! Eso quería decirle: la retiraron —respondió Nick.

Los dos agentes se marcharon algo descorazonados de la entrevista, y pusieron el motor en marcha.

—¿Qué opinas tú de todo esto? —preguntó Douglas.

—Estoy bastante desorientado; no puedo opinar.

—A mí me sucede lo mismo; pero esta es la única pista que tenemos, y hemos de aprovecharla.

—No confío mucho en ella.

—Ni yo tampoco.

Douglas se apeó del automóvil.

—¡Vámonos, Castel!

—¿Irnos? ¿Adónde?

—A vigilar el garaje —respondió Douglas—. Tengo una corazonada. Nunca me han dado gran resultado, pero por intentarlo no se pierde nada. Al fin y al cabo poco tenemos que hacer ahora.

—Como quieres; tú eres quien dirige este asunto.

Frente al garaje había un bar. No estaba muy bien cuidado, ni tenía nada de elegante, pero a Douglas le bastaba con poder observar desde allí la entrada del garaje. Se instalaron en una mesa situada tras el cristal, y se dispusieron pacientemente a esperar.

Castel no se encontraba de buen humor a consecuencia del giro que estaba tomando la aventura. A Douglas le sucedía lo mismo, y todo lo supeditaba a salvar a Larry y Rossy.

* * *

Larry abrió los ojos y miró a su alrededor. La habitación era pequeña, lóbrega y oscura. La puerta, aunque de madera, tenía aspecto de ser bastante fuerte.

Una enorme y oxidada cerradura se veía desde el camastro. Aquello parecía una mazmorra, al menos las trazas así lo indicaban.

Larry no recordaba nada de lo sucedido, y su asombro crecía por momentos. Trató de incorporarse, y varios cientos de grillos le pareció que sonaban en su cabeza.

Se llevó la mano a la frente y pudo comprobar que una venda la cubría. Le hizo recordar todo lo sucedido. Se daba cuenta que al fin lo habían capturado, y pensó que su salvación era muy problemática, pues conocía a sus enemigos.

Unos pasos resonaron en el exterior y se detuvieron ante la puerta. La llave de la cerradura giró y un chirrido de goznes le acompañó.

Una linterna iluminó la estancia. Entonces se convenció Larry que la luz que se filtraba por aquella cuarterola era artificial.

Las figuras de dos hombres se perfilaron en el umbral de la mazmorra. Ambos hablaban en un lenguaje extraño, que el ex policía desconocía.

—¡Conque ya ha despertado nuestro hombre! —dijo uno de ellos en un inglés imperfecto, enfocándole el rostro con la linterna.

Larry miró serenamente a los dos hombres, sin replicar.

—Esto nos ahorra tiempo. ¡Levántese y salgamos de aquí! —ordenó en tono imperioso.

El antiguo agente obedeció con dificultad y avanzó hacia la puerta, pero sus piernas se doblaron, y hubiera dado con su cuerpo en tierra de no haber sido ayudado por el otro que le acompañaba.

Atravesaron lentamente el estrecho corredor y desembocaron en una habitación que a simple vista le pareció un gimnasio. Después se convenció de que aquello era una sala de tortura. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

—¿Ve todo esto? —dijo el que parecía el jefe—. Lo hemos preparado nosotros mismos en honor de usted.

—¿Qué quieren de mí?

—Ya lo sabe: el microfilm. Desde hace tiempo tenemos intervenido el teléfono de su casa, de forma que hemos oído todas las conversaciones habidas. La última fue, sobre todo, sumamente interesante.

—¡No me diga!

—Sí, señor, muy interesante. Pero usted no cumplió lo que le dijo a su amigo. No se ha tragado el microfilm. Le hemos examinado por los rayos «X», cuando estaba inconsciente, y no hemos encontrado lo que nos interesaba. En sus ropas tampoco hay nada. ¿Dónde está?

Larry no respondió. Levantó la cabeza con altivez.

—¡Bien! Lo siento mucho, pero, puesto que se obstina en callar, no tendré más remedio que emplear otros medios mucho más eficaces. ¡Iván —ordenó—, colócale en medio de la habitación y átale las manos al trapecio!

Iván obedeció la orden de su jefe, y en pocos momentos Larry se encontró con las manos fuertemente sujetas por las muñecas.

—¡Quítale la camisa!

De varios tirones, el antiguo agente quedó desnudo de cintura para arriba.

—Le ofrezco una oportunidad. Tarde o temprano nos dirá lo que nos interese. ¿A qué perder el tiempo y sufrir? Le aseguro que será un sacrificio inútil.

—No pienso decir nada —respondió Larry secamente.

—Será peor para usted. Iván le golpeará con un látigo en las espaldas, y a cada cinco latigazos le bañará las heridas con alcohol de noventa grados. ¡Es dolorosísimo! Si no lo cree, ya tendrá ocasión de comprobarlo. No sea terco y confiese de una vez. Lo contrario sería conducirse como un imbécil.

El antiguo agente continuó en su mutismo. El ruso hizo un encogimiento de hombros.

—Usted lo ha querido. Veremos cuántos latigazos aguanta.

Inclinó la cabeza, e Iván levantó el brazo armado con el látigo.

La fina correa golpeaba con fuerza las espaldas rodeándole luego el cuerpo. La punta le dio un doloroso picotazo en el pecho, que comenzó a sangrar.

Larry sintió que mil hierros candentes le aplicaban a su cuerpo, y por un movimiento reflejo retorcióse de dolor. Las cuerdas que le sujetaban le

mordieron en las muñecas.

Los dos hombres permanecieron insensibles, e Iván volvió a golpear, cada vez con más fuerza. Las señales fueron quedando grabadas en su carne.

Eran de un tinte violáceo. Algunas sangraron ligeramente. Contó los golpes, pero pronto perdió la cuenta. El dolor era muy intenso. De pronto cesó el castigo.

—¡Alcohol! —fue la seca orden del jefe.

Pasaron unos segundos. El antiguo agente oyó, como en sueños, moverse a Iván. Luego se le acercó y vertió el frasco sobre sus hombros, cuyo líquido comenzó a bañar sus llagas abiertas.

Tuvo la sensación de que le estaban arrancando la piel a tiras, y por unos instantes se quedó sin aliento. El corazón parecía habersele paralizado de la impresión. Iván miró a su jefe. Este asintió.

Reanudó la tarea, y Larry se fue insensibilizando. Apenas si se daba cuenta de nada. Sudaba copiosamente de la lucha entablada consigo mismo.

Iván continuaba su trabajo hasta cansarse. Quizá fuese poco tiempo, pero al agente le pareció un siglo.

Hubo una corta pausa.

—¿Nos dice dónde tiene escondido el microfilm?

—No tengo nada que decir —repitió nuevamente, sacando fuerzas de flaqueza.

—Entonces continuemos. Ya cambiará de parecer. ¡Iván! ahora toca el alcohol.

Un nuevo frasco fue vertido sobre los verdugones.

Larry incorporóse súbitamente, para quedar inerte, colgado por los brazos.

—Déjalo, Iván. Se ha desmayado. Por este procedimiento estamos perdiendo el tiempo. Hemos de pensar en otro más eficaz.

Nuevamente le llevaron a la celda.

—Esta clase de hombres, de apariencia endeble, suelen dar unas sorpresas que no se las espera nadie.

—Desde luego, no parece que le asusten mucho los latigazos —dijo el llamado Iván.

—No, no le asustan. Pero ya que es valiente ante los daños corporales, veremos qué tal se comporta ante otra clase... de males.

—¿Qué quiere decir, jefe? No le comprendo.

—Ya lo verá más adelante. ¡Busca a Mighty y dile que venga! Quiero hablar con él.

Subieron por una sórdida escalera y llegaron a un plano más habitable que el anterior. Había un largo pasillo con habitaciones a un lado y a otro.

El ruso entró en una habitación, quedando el corredor desierto. Poco después, unos pasos sonaron precipitadamente. Era Mighty, que, acompañado de Iván, desembocaba en el pasillo para desaparecer por la misma puerta que anteriormente lo había hecho el jefe.

Largo rato estuvieron hablando. La casa se hallaba en silencio, no se oía más que el tenue murmullo de unas voces que conversaban en el exterior y algún que otro vehículo que transitaba por la calzada.

Mighty volvió a salir, esta vez solo, y se perdió en el recodo que formaba el pasillo. Poco más tarde, su voz se oyó confusamente en el exterior.

El motor de un automóvil trepidó al ponerse en marcha y las voces se apagaron, quedando el caserón nuevamente sumido en el silencio.

Horas después, Larry, tumbado sobre el húmedo jergón, volvía a la vida. Las heridas le dolían horriblemente y sentía un agudo escozor en las partes donde la fina punta del látigo había golpeado.

Las llagas, no obstante ser tan dolorosas, no ofrecían el menor cuidado de infección, ya que fueron regadas abundantemente con alcohol.

Incorporóse y anduvo por la mazmorra con paso cansino. Un grifo había en el otro extremo; lo abrió y un grueso chorro de agua fresca brotó.

Mojó las manos y la cara, humedeció la venda que le cubría la frente y sintió un cierto alivio. Friccionóse los músculos de los brazos y al poco tiempo se encontró más reanimado.

Seguidamente escudriñó la habitación, tratando de hallar una salida. No la encontró; aquella celda era una perfecta mazmorra. No comunicaba con el exterior por otra parte más que por el estrecho pasillo, y esto resultaba impracticable para él, ya que la puerta obstruía el paso.

Cansado de cavilar, resignóse a su suerte y volvió a sentarse sobre el jergón. Lo mejor que podría hacer por el momento era dormir.

Cerró los ojos, y poco después su respiración adquirió el ritmo característico del hombre que ha pasado del mundo de la realidad al de la fantasía. No pudo calcular cuánto tiempo duró su sueño. El ruido de la puerta al abrirse le despertó, y entró Iván, alumbrándole con la linterna.

—¡Levántese, amigo, que hay visita!

—Bueno.

Larry salió de la celda seguido de Iván, que no le perdía de vista, atento a sus menores movimientos. En otra habitación le esperaba el jefe. Sonrió triunfalmente cuando Larry entró.

—Me alegro verle de nuevo —dijo—. Le hemos preparado una sorpresa que creo le gustará. ¡Trae el regalo, Iván!

Este desapareció por una puerta para volver acompañado de una mujer.

—¡Rossy! —exclamó Larry, tratando de abalanzarse sobre el ruso.

Esquivó la acometida y, sacando la pistola, encañonó a la muchacha.

—¡Estese quieto o disparo sobre su hermana!

Ante esta amenaza, Larry tuvo que hacer un esfuerzo para contener su impulso.

—¡Canallas! ¿Qué tiene que ver mi hermana con todo esto?

—Nada, no tiene nada que ver; pero en este asunto nos puede servir de gran utilidad para saber el paradero del microfilm.

—Ella no lo sabe, ni tampoco conoce su existencia.

—Pero usted, sí. ¡No será tan mal hermano para permitir que la torturemos cuando una sola palabra suya puede librarla de...!

—No digas nada, Larry —exclamó Rossy.

El antiguo agente meditó la situación; no tenía otra alternativa donde elegir.

—Está bien: ustedes ganan.

CAPÍTULO IV

D

DOUGLAS y Castel llevaban largo tiempo vigilando la puerta del garaje sin que hasta entonces sus pesquisas hubiesen dado el menor resultado. Castel empezaba a impacientarse.

—No sé por qué me parece que estamos perdiendo lastimosamente el tiempo.

—Tú lo dices porque te has perdido el ir al cine con la mecanógrafa —objetó Douglas—. Te conozco. No has cambiado.

—No te lo discuto, pero estaría mejor con Sussy que tomando este *whisky*, que más bien parece un matarratas.

—No es tan malo. Lo que ocurre es que tú tienes el gusto perdido y no sabes apreciar las cosas en su justo valor.

—No lo dirás por Sussy —preguntó Castel, algo escamado.

—No, hombre, no; me refería al *whisky* —contestó Douglas, riendo.

Una fuerte explosión en la calle llegó hasta sus oídos. Los cristales vibraron. Ambos hombres se levantaron como mecidos por un resorte.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Castel.

—No lo sé. ¡Vamos a verlo!

Guiándose por el bullicio de la gente, se fueron acercando al lugar de la explosión.

—Parece que ha sido cerca de donde dejamos el coche—argumentó Castel.

Cuando llegaron, Douglas exclamó:

—¿Cómo cerca de donde dejamos el coche? ¡Ha sido en nuestro propio coche!

Efectivamente, el flamante automóvil había quedado convertido en un verdadero desastre. La carrocería estaba rasgada y machacada, dando la impresión de haber pasado por encima una potente locomotora.

Examinaron los restos detenidamente y observaron que la explosión había partido desde dentro del vehículo.

—Alguien nos ha colocado una bomba.

—¡Caramba, caramba!

—No te preocupes tanto, Castel; que el coche no es tuyo.

—Para mí, lo de menos es el automóvil; allá el inspector, que es el dueño. Lo que me horroriza es pensar qué hubiera sido de nosotros si nos llega a sorprender dentro.

—¿Y si llegas a salir con tu mecanógrafa?

—¡Hombre! Yo creo que no hubiese sucedido nada —aseguró Castel.

—¿Por qué no?

—Porque tengo la impresión de que el artefacto que ha convertido el hermoso automóvil de nuestro amigo Goldwing en ese informe montón de chatarra, ha sido colocado por alguien no hace mucho tiempo.

—¿Quieres decir que la bomba la pusieron mientras estábamos en el garaje, hablando con el dueño?

—Esa es mi opinión.

—¿En qué te fundas?

—En nada, son simples suposiciones. Pero ¿no crees que muy bien pudo ser así?

—Tal vez...

De pronto se interrumpió. Un taxi pasó por su lado disminuyendo la marcha a medida que se acercaba al garaje.

—¡Qué extraño! —murmuró.

—¿Qué es lo que te extraña? —preguntó Castel.

—Aquel taxi. Creo que conozco a su ocupante.

La portezuela se abrió, y una mujer elegantemente vestida descendió, entrando en el garaje.

—¡No me había equivocado! —exclamó Douglas.

—Pero ¿quién es esa dama?

—Helen.

—¿Y quién es Helen?

—Ya te lo explicaré más tarde. ¿Qué tendrá que hacer aquí esa mujer?

El taxi había quedado esperando, y Douglas dedujo que no tardaría en salir. Tomó él también otro y permanecieron a la expectativa.

Mientras esperaban, Douglas informó a su amigo acerca de su reciente amistad con aquella mujer.

—¡Ya sale! —interrumpió Castel.

No iba sola. Un hombre vestido de mecánico la acompañaba.

—¡Siga a aquel coche! —ordenó Douglas al taxista.

Desde aquel momento se convirtieron en una sombra del perseguido. Atravesaron varias calles y entraron en la parte céntrica y bulliciosa de Nueva York.

Por estos sitios la persecución se hacía más difícil, dada la enorme aglomeración de tráfico, que les obligaba repetidas veces a distanciarse considerablemente, con riesgo de perderles de vista. Lentamente salieron del casco urbano para entrar en una zona tranquila, bordeada de pequeños hotelitos de una a dos plantas.

El grupo de casitas comenzó pronto a escasear, dejando entre una y otra cada vez mayor espacio. Llegó un momento en que fueron sustituidas por

fábricas y grandes almacenes.

Los dos automóviles continuaron por aquella carretera, que, dada la escasez de policías de la circulación, emprendieron una desenfrenada velocidad.

De pronto, observaron que el coche que tenían por delante disminuía la marcha hasta parar frente a una casa de altas tapias y aspecto abandonado. Desde la carretera no se veía el jardín; solo unas ramas de unos negruzcos árboles sobresalían por encima del paredón.

Helen y su acompañante entraron mientras el taxi esperaba. Douglas ordenó colocar el coche en lugar seguro para no ser visto, y descendieron.

—Tu amiguita me parece que está metida en un buen jaleo.

—No sé nada. Ten en cuenta que nos guiamos solo por suposiciones.

Encendieron unos cigarrillos y se sentaron en la cuneta, en espera de la aparición de sus presas. Minutos después los vieron subir al coche, pero esta vez variaron de dirección, para enfilarse nuevamente hacia Nueva York.

—Síguelos tú, Castel, y anota todos los lugares en que se detengan.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Quedarme aquí. Quiero inspeccionar la casa.

—¡Que tengas suerte!

El agente del F.B.I., al quedarse solo, lanzó una mirada al paredón en busca de un lugar adecuado para saltar.

Rodeó la tapia y por la parte posterior, opuesta completamente a la carretera, observó que un pequeño montículo acortaba la altura y que algunos ladrillos destrozados podían servirle para escalar.

Al llegar a lo alto, comprobó que la tapia tenía unos agudos vidrios, colocados para evitar la entrada a los merodeadores, que le impedían coronarla. Se quitó la chaqueta y la sacrificó, colocándola sobre los vidrios. Así pudo saltar al otro lado sin ninguna dificultad.

El aspecto de la finca era de completo abandono. En sus buenos tiempos debió haber sido habitada por personas de gran fortuna, pues se adivinaban detalles de lujo.

Los pensamientos del agente del F.B.I. fueron cortados bruscamente por un fuerte gruñido a sus espaldas. Se volvió rápidamente y la sangre se le heló en las venas.

Un enorme perrazo le miraba con fiereza y furia contenida. El perro era fuerte y de agudos colmillos y gran tamaño. Si se hubiera puesto en pie seguramente hubiese superado en mucho la estatura de Douglas.

El can, después de lanzar otro gruñido al viento, como si se tratase de un león, se abalanzó sobre Douglas. Este trató de esquivarlo, pero no pudo impedir que una de sus zarpas le rozara el hombro y brazo, haciéndole un profundo arañazo.

Rápidamente el agente del F.B.I. llevóse la mano al bolsillo y sacó la

pistola. Tendría que matar al perro de un tiro, pues si no lo hacía se exponía a morir con el cuello destrozado entre los potentes colmillos.

Pensó que el ruido del disparo atraería a los habitantes de la casa, y aquello no le convenía en modo alguno. Pronto encontró la solución; se volvió a quitar la chaqueta, ya destrozada por los vidrios del paredón, y se la enrolló en la mano, sobre la pistola, para evitar que el sonido de la detonación llegase a oídos de los moradores.

El perro atacó de nuevo, y Douglas oprimió el gatillo. La bala atravesó la garganta. A pesar de estar herido de muerte, el animal redobló su furia. Douglas apuntó esta vez a la cabeza. La muerte fue instantánea, y el can cayó como fulminado por un rayo.

El agente lanzó un suspiro de alivio. Era la primera vez que luchaba con un perro. El disparo no había sido oído gracias a la compresa puesta sobre la pistola, que amortiguó el ruido.

Continuó caminando por entre las enredaderas, con la pistola preparada para entrar en acción y pronto llegó a la vista del caserón.

Presentaba el mismo aspecto de abandono que el jardín. Era de construcción sólida, y solo comunicaba al exterior, por aquella fachada, por una puerta que en aquellos momentos estaba abierta.

Un hombre en mangas de camisa dormitaba indolentemente muy cerca de ella. Llevaba bajo el brazo una funda sobaquera, por la que sobresalía la culata de la pistola.

Este detalle le caracterizaba como *gangster* profesional. Lo cual convenció al agente de que estaba sobre la verdadera pista.

Para llegar a aquella puerta tenía que pasar forzosamente por delante del dormido *gangster*. Lentamente fue cruzando el campo visual del bandido, cuya respiración acompasada oía perfectamente. Pero la fatalidad aquel día decidió no abandonar al agente. El guardián súbitamente despertó.

—¿Quién va?

—¡Yo, soy yo! —contestó tranquilamente Douglas, tratando de hacerse pasar por uno de los de la banda.

El bandido todavía algo soñoliento, tardó un momento en reaccionar. Luego musitó, asombrado:

—¡Pero tú no eres...!

¡Crak! El agente le propinó con la pistola un fuerte golpe en la mandíbula, y el rufián volvió a sumirse en un sueño letárgico.

—¡Duerme de una vez!

Seguidamente le desarmó, guardándose la pistola en el bolsillo.

—Ya te la devolveré algún día, amigo; por hoy poca falta te ha de hacer.

Entró en la casa con precaución y comenzó a explorarla. Al principio

todo era silencio; pero a medida que avanzaba fue oyendo un murmullo lejano de voces. Ya no podía retroceder. Aquello parecía ser la guarida de la banda.

Las voces provenían del fondo del pasillo. Douglas contó hasta seis distintas. Otra sonó a sus espaldas.

—¡Oye, Snipper! ¿Te has cansado ya de dormir?

El agente dio un respingo, más no respondió. Se limitó a hacer un encogimiento de hombros. Aquel hombre le había confundido, dada la oscuridad reinante, con su compañero. El *gangster* se acercó y le puso una mano sobre el hombro.

—¡Pero, hombre, contesta! ¿Es que todavía sigues dormido?

Aquella era la mejor ocasión para librarse del bandido. Con la velocidad de un relámpago se volvió, colocándole el puño en la nariz con toda la fuerza de su brazo, y el hombre comenzó a sangrar abundantemente.

Antes de que el *gangster* pudiera reaccionar, le encajó otro puñetazo, que dio de lleno en el mentón. El tercer golpe fue un gancho en la mandíbula, que le hizo elevarse unos centímetros del suelo, para volver a caer como un fardo.

Cogió el cuerpo del inconsciente bandido y lo arrastró por el pasillo, hasta llegar a una habitación, donde lo escondió debajo de un montón de trapos viejos.

Después le ató, le amordazó y, ya más tranquilo, por tener un enemigo menos con quien enfrentarse, volvió a salir de la habitación. Cuando el rufián despertara, tardaría bastante tiempo en librarse de las ligaduras.

Con grandes precauciones avanzó por el corredor. Los *gangsters*, congregados en otro departamento, charlaban animadamente. Douglas pegó el oído a la puerta, y escuchó:

—El policía debe estar pasándolo bastante mal —comentó uno de los bandidos—. Iván sabe pegar duro cuando llega la ocasión.

—Pues la hermanita del «bofia» tampoco debe estar muy contenta —repuso otro.

Douglas dejó de escuchar. Tenía la convicción de que el «bofia», como ellos le llamaban, no podría ser otro que Larry. Rossy estaba allí también.

Lo importante era encontrar el sótano. Aquella parte de la casa debió ser en un tiempo la destinada a la servidumbre. Por tanto, la entrada del sótano tendría que estar cerca. Tal vez en la cocina.

Tanteando las puertas, cedió una de ellas al suave empuje de su mano. Era la cocina. Por alguna parte tendría el sótano la entrada. Si no allí mismo, acaso en la carbonera.

No se equivocó: un trozo de suelo era de madera. Esa era la compuerta. Levantó la trampa, y una escalera estrecha apareció ante sus ojos. Un débil resplandor iluminaba el fondo, sumiendo el ambiente en una suave

penumbra.

Bajó por la escalerilla con paso quedo, procurando que no crujiera bajo sus pies, y quedó un instante en suspenso, en espera de cualquier nueva contingencia que pudiera surgir. Algo más confiado, continuó la marcha.

Llevaba la pistola fuertemente empuñada con la mano derecha, el cuerpo ligeramente encorvado hacia adelante y el paso lento y felino.

Continuó avanzando por el angosto pasillo, guiándose, más que por la vista, por su propio instinto, hasta llegar a un recodo que formaba el corredor. Se detuvo un momento para escuchar, y continuó el avance. El camino estaba libre.

De pronto, se detuvo. Había oído una voz de mujer que le resultaba familiar. El corazón le dio un vuelco. Reconoció la voz de Rossy, que, angustiada, decía:

—¡No digas nada, Larry!

Douglas experimentó una gran alegría. Su pulso latió con violencia. Se orientó, y pronto estuvo ante la puerta de donde había salido la voz.

—Está bien. Ustedes ganan —oyó que decía Larry.

Se hizo cargo de la situación, y no había tiempo que perder. En cuanto Larry comunicara su secreto, aquellos malvados serían capaces de matar a los dos. Aplicó el pie sobre la puerta, y de un fuerte empujón la abrió con estruendo.

—¡Quieto todo el mundo! —ordenó.

Las cuatro personas que ocupaban la habitación volvieron el rostro con la más viva sorpresa reflejada en el semblante.

—¡Douglas! —exclamó la muchacha, corriendo hacia él.

—¡Quítate de en medio, Rossy! —dijo.

La advertencia llegó demasiado tarde. La joven se interpuso entre el agente del F.B.I. e Iván. Este no desaprovechó la oportunidad que la suerte le brindaba, y llevándose la mano al pecho sacó la pistola de la funda sobaquera.

Hubiera disparado a no ser por Larry, que valientemente se arrojó sobre el bandido, derribándole al suelo. Ambos rodaron sobre el pavimento; pero la lucha no había de durar mucho tiempo, ya que Larry se encontraba muy agotado y su enemigo era más fuerte.

La situación, en un momento, habíase puesto en extremo difícil. Douglas no sabía qué partido tomar, pues si ayudaba a su amigo, el otro hombre, libre de vigilancia, podría constituir un serio peligro. Pronto le surgió la idea salvadora.

—Rossy, ¿sabes manejar una pistola?

La muchacha contestó afirmativamente.

—Muy bien. Entonces toma esta, y Vigílate —dijo—. Si hace un solo movimiento sospechoso, no lo dudes: dispara a matar.

Dicho esto, sacó otra pistola del bolsillo y se dirigió a ayudar a Larry.
¡A tiempo lo hizo!

Iván, en el suelo, consiguió coger el arma que anteriormente se le cayera. Douglas, rápidamente, le pisoteó la mano homicida repetidas veces.

Un crujido de huesos le indicó que ya no hacía falta seguir pisando. Le había roto la muñeca. Larry completó la obra, dándole un golpe en el rostro que le lanzó la cabeza hacia atrás, chocando fuertemente contra el pavimento y quedando inconsciente.

—¡Bravo, Larry! —exclamó Douglas, abrazándole—. Sigues siendo tan dinámico como cuando nuestros años de guerra. ¿Te acuerdas?

—¡Ya lo creo que lo recuerdo! —jadeó—. Chico, cuánto me alegra verte, y qué a punto has llegado. Te aseguro que si no hubiese sido por ti, nos destrozaron estos bárbaros.

Iván se había recobrado del golpe rápidamente, y aprovechando que nadie le veía, trató de alcanzar la pistola.

—¡Cuidado! —advirtió Rossy, al observar la maniobra.

Douglas hizo fuego, y la bala atravesó limpiamente la mano del *gangster*, que lanzó un aullido de dolor. Sus dedos se distendieron, y soltó la pistola, que aún no le había dado tiempo a asir con firmeza.

Una ola furiosa le acometió.

—¡Quieto, amigo! —ordenó—. No se mueva o de lo contrario le daré gusto al dedo y con peor intención.

El bandido le miró con odio, pero supo contenerse. Su mano sangraba, y apretóse la en silencio.

El agente se volvió hacia sus amigos.

—¡Vamos! El disparo debe haber puesto sobre aviso a los que están arriba, y dentro de poco los vamos a tener encima.

—De acuerdo. Pero... ¿qué hacemos con estos dos?

—Maniatarlos. ¿Hay por aquí alguna cuerda?

—Aquí hay una —respondió Rossy.

—No consentiré que me aten —dijo altaneramente el que no estaba herido.

—Entonces no tendremos más remedio que hacerlo violentamente —manifestó Douglas.

Ante estas razones tan convincentes, accedió, lanzando toda clase de improperios.

—¡Listo! ¡Ahora marchemos de aquí! Yo iré en primer término.

Armados los tres, salieron al pasillo y llegaron a la escalerilla que conducía a la compuerta.

—¡Escondámonos! ¡Alguien está levantando la trampa!

Una voz se oyó desde arriba:

—¿Qué ha sido ese disparo, Iván?

Los tres amigos se agruparon en uno de los rincones, difícilmente visible desde lo alto de la escalinata.

Douglas sentía el cuerpo de Rossy muy cerca del suyo. Alargó la mano y acarició la rubia cabeza. Rossy no hizo ningún movimiento.

Alargó ella también su mano, y ambas se encontraron en la oscuridad. Fue un momento, solo un momento; pero a Douglas le pareció toda una eternidad de felicidad.

El bandido, extrañado al no obtener respuesta, descendió por los peldaños ágilmente, y cuando llegó al sótano, se detuvo.

Larry levantó el brazo armado y lo dejó caer con increíble violencia sobre la cabeza del *gangster*, que cayó al suelo sin conocimiento.

—La verdad es que me estoy desquitando de los malos ratos que me han hecho pasar —comentó.

Subieron a la cocina y se dispusieron a cruzar el pasillo. Tuvieron mala suerte. Uno de los de la banda, seguramente extrañado por la tardanza de su compañero, asomó la cabeza y les vio, dando la voz de alarma.

—¡Que se escapan! —gritó, mientras se llevaba la mano a la sobaquera, cogiendo la pistola.

Los tres amigos tuvieron el tiempo justo para meterse en una de las habitaciones. Douglas, que fue el último en entrar, sintió un peligroso silbido muy cerca de su cabeza, y una bala fue a incrustarse en el marco de la puerta.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó la muchacha.

—Aún no lo sé —respondió el agente del F.B.I.—. Salir al pasillo sería un suicidio.

—¿Cómo andamos de municiones? —preguntó el hermano.

—Mal. Solo tenemos las que hay en los cargadores. Estamos sin repuestos.

—Lo cual quiere decir que por cada bala un hombre —dijo Larry, completando la frase.

—Exactamente. Tú lo has dicho.

Así comenzó la contienda, que se presentaba en circunstancias muy difíciles para los tres fugitivos. Encerrados en la habitación, no había manera alguna de salir, ya que el solo pensamiento de hacerlo por el corredor estaba descartado por imposible. La única salida al exterior era una ventana; pero una reja de hierro lo impedía.

—Por aquí no podemos salir—argumentó Larry—. Si no lo intentamos por el pasillo, no sé por dónde lo vamos a hacer.

—Nada de eso. El corredor es una muerte cierta, a pesar de que no oigamos un solo disparo. Si saliéramos de esta habitación, se organizaría una ensalada de tiros, tal vez, que más vale no pensar en las consecuencias. ¡Vamos a experimentarlo!

Douglas cogió un taburete y lo lanzó contra la pared opuesta del pasillo. Una descarga cerrada sonó en el exterior, y varios impactos chocaron contra el taburete.

—¿Has visto? Sales fuera y convierten tu cuerpo en un hermosísimo colador.

—Pues entonces no hay escapatoria. Nos han cogido como conejos — exclamó Larry, desolado—. Si al menos pudiéramos forzar los barrotes de la ventana.

—¡Hombre, esa es una excelente idea! ¡Busca entre esos trastos viejos algo que sirva para hacer palanca! Yo haré frente, mientras tanto, a estos bandidos —dijo Douglas.

Los dos hermanos revolvieron en un montón de trastos y cosas inútiles abandonadas. Seguramente los *gangsters* habían arrinconado en aquella habitación todo lo viejo e inservibles para poder aprovechar el resto del pabellón.

Douglas vigilaba ojo avizor y con los nervios en tensión, pronto a repeler cualquier agresión.

La situación de los bandidos no la sabían, ya que no podía asomar la cabeza, si es que quería conservarla sobre los hombros.

Ellos conocían su superioridad estratégica, ya que dominaban el marco de la puerta, lo cual les permitía moverse con más libertad. Con todos sus sentidos, se puso a vigilar el pasillo. El trozo que no veía, trataba de averiguar lo que pasaba aguzando el oído.

Una sombra larga se destacó frente a la puerta de la habitación. Douglas acarició mecánicamente el cañón de la pistola.

Un *gangster* se acercaba, procurando no hacer ruido. No había reparado en que su propia sombra le delataba. Esperaba tener a su favor la sorpresa.

El agente del F.B.I. se encontró con un grave problema: si hacía frente al bandido, seguramente el que caería sería él, ya que el *gangster* estaría encañonando la puerta y, por muy rápido que fuese, no podría serlo más que el rufián, que no tendría más que apretar el gatillo para hacer blanco. Sin embargo, tenía que detener el avance de aquel hombre.

No lo pensó más. Se tumbó en el suelo y rápidamente sacó la cabeza y el brazo armado al pasillo. El bandido, que esperaba la aparición a una altura media del marco de la puerta, no reparó, al principio, en esta salida. Cuando lo hizo ya fue tarde.

Douglas apretó el gatillo y el *gangster* saltó hacia atrás, llevándose ambas manos al pecho. Con la misma velocidad con que había iniciado el ataque, Douglas volvió a su primitiva posición.

—¿Has cazado algo? —preguntó Larry desde el otro extremo de la habitación.

—Creo que sí. ¿Vosotros qué hacéis, no encontráis nada?

—Aún no.

—¿Servirá esta barra de hierro? —preguntó Rossy mostrándola.

—¿Qué te parece, Douglas?

—¡Excelente! Creo que es lo que necesitamos. Defiende la entrada, Larry. Yo voy a intentar forzar la ventana.

Cogió la barra y la introdujo entre los hierros de la reja; tanteando con ella, no cedió.

Probó de nuevo, esta vez con todas sus fuerzas, y cuando se detuvo para tomar aliento, pudo comprobar que los hierros, aunque débilmente, habían cedido.

Un nuevo tiroteo se organizó fuera, y Larry disparó varias veces seguidas. Al parecer se había iniciado la ofensiva.

Douglas tenía el cuerpo cubierto de sudor. La ventana, poco a poco, iba cediendo. Había conseguido separar dos barrotes, un espacio suficientemente ancho para pasar a través de él el cuerpo de una persona.

—¡Ya está! —exclamó—. Sal tú primero, Larry.

Este obedeció y, abandonando la vigilancia saltó por la ventana encontrándose en el jardín.

—Ahora tú, Rossy. ¿Tienes miedo?

—No. Contigo ninguna mujer puede temer nada.

Los *gangsters*, que se habían dado cuenta de la maniobra, dispararon desde la ventana. Algunos saltaron por el alféizar y se lanzaron en pos de ellos.

En la puerta principal de la casa había dos automóviles de la banda.

—Esta es nuestra salvación. Montemos en uno de ellos.

Ocuparon uno de los coches, y Larry tomó el volante. Douglas y Rossy se posesionaron de los asientos traseros.

El vehículo no tenía puesta la llave de contacto. Esto a Larry no le preocupó eran cosa. Había pertenecido al Servicio Metropolitano, y entre los muchos ejercicios en que les adiestraron, figuraba el de saber poner en marcha un motor sin utilizar llave de contacto.

Introdujo la mano por debajo y dio un fuerte tirón de los cables, seleccionó dos de ellos y, despreciando los demás, formó un puente. El motor comenzó a trepidar.

—¡Ya podemos irnos! —dijo triunfante.

—Nos perseguirán con el otro coche —observó su hermana.

—Por eso no te preocupes; yo lo arreglaré —dijo Douglas—. Toma datos de ese automóvil, que más adelante nos servirán.

Y disparando dos veces consecutivas, destrozó los neumáticos delanteros.

—Mientras los arreglan, tenemos tiempo de ponernos a salvo.

El coche se alejó de aquellos lugares en dirección a Nueva York.

Los *gangsters* chasqueados soportaban, mientras tanto, las injurias de su jefe.

—¡Imbéciles! Les habéis dejado escapar. ¡No servís para nada! No sé para qué os pago.

—¡Pero, jefe, nosotros hemos hecho todo lo que hemos podido!

—¡Silencio! Hemos de salir de aquí cuanto antes. Dentro de poco tendremos toda la Policía encima. ¡Reponed los neumáticos! Mientras tanto, yo destruiré todo aquello que pueda comprometernos.

—De acuerdo, jefe.

Entró en la casa y, dirigiéndose a su despacho, sacó unos documentos de la caja de caudales. Después sacó unos bidones de gasolina y la esparció por toda la habitación.

Cuando los terminó, cogió otros dos y salió con ellos del despacho, repitiendo la operación en otras habitaciones. Luego les prendió fuego y salió de la casa con la cartera de documentos debajo del brazo.

Los bandidos ya habían cambiado los neumáticos destrozados por otros nuevos.

—Ya está todo preparado para marchar, jefe —dijo uno de ellos acercándosele.

—Pues no perdamos más el tiempo. ¡Vámonos!

Montaron todos en el coche y tomaron la misma dirección que Douglas y sus amigos. Una columna de humo se elevó hacia el cielo desde donde estaba la casa.

Cuando esto ocurría, los tres fugitivos llegaron a la Comisaría de Policía más próxima, donde se detuvieron. Diéronse a conocer y estuvieron hablando con el jefe.

—Muy bien —dijo el comisario—. Hay que detener a esos bandidos. Escribame en una cuartilla los datos más importantes y los enviaremos al cuartel general para que, por radio, los transmitan a las patrullas volantes.

Seguidamente comunicaron por teléfono la orden y conectaron la radio.

—Ahora oiremos toda la retransmisión.

En efecto, al poco tiempo la emisora policíaca daba órdenes concretas a las patrullas.

—¡Atención, atención a todos los coches de servicio, y en especial los de la carretera de Nueva Jersey! Detengan «Chrysler» negro, matrícula de Nueva York doscientos setenta y cinco-doscientos treinta y cuatro a, ocupado por *gangsters* dispuestos a todo. Oparen con cuidado.

La orden se repitió varias veces. Douglas admiró la rapidez y eficacia de la Policía Metropolitana. Si los *gangsters* salían en ese automóvil, su captura era segura.

Poco después la radio transmitía otra noticia: un motorista de carretera aseguraba haber visto el coche dirigirse hacia la ciudad.

La noticia se confirmó. Un automóvil comunicó que lo perseguía por el puente de Washington. Ya estaban en Manhattan, no tenían escapatoria. Se estaba formando la red.

Mientras tanto, los bandidos corrían por Nueva York, sin darse cuenta de la persecución de que estaban siendo objeto. No obstante, el continuo silbar de las sirenas les puso sobre aviso.

—Oye, Snipper: ¿no te extraña tanto ruido de la Policía? —preguntó uno de los *gangsters* al que conducía.

—Eso mismo estaba yo pensando.

—Lo que más me extraña es oírlo por todo nuestro recorrido.

—¡Callaos ya! —ordenó el ruso—. Y tú, Snipper, acelera. Vamos muy despacio.

El automóvil emprendió una carrera a mayor velocidad, al mismo tiempo que se intensificaba el ruido de las sirenas.

Pasaron por una calle de escaso tránsito, y un policía les siguió, haciendo algunos disparos, que dieron en la carrocería.

—¡Es por nosotros! —exclamó uno de los bandidos, alarmado.

El pánico cundió entre los de la banda. Era curioso ver cómo hombres que no vacilaban en matar ni ensañarse con el vencido, se acobardaban cuando les llegaba la hora de enfrentarse con la muerte. Aumentó la desmoralización, y el jefe tuvo que imponer violentamente su autoridad, encañonándoles con la pistola.

—¡Sois unos cobardes! ¡Coged las armas y disponeos a disparar! Tú, Snipper, tuerce por la primera calle que aparezca.

Un motorista se acercó peligrosamente. Uno de los *gangsters* sacó la pistola y oprimió el gatillo. El policía, herido por el balazo, desvió la dirección, chocando con fuerza contra un poste. El golpe le destrozó.

Los bandidos llegaron a una bocacalle y doblaron bruscamente la dirección, derrapando las ruedas traseras con estrépito.

—Ahora, a toda marcha al centro. Tal vez allí les despistemos.

Snipper obedeció, y como una centella atravesaron la calle Ciento Veintiséis, hasta llegar a la avenida de Ámsterdam con el fin de entrar en Broadway.

No lo consiguieron, ya que dos automóviles le interceptaron el paso, teniendo que desviarse por la calle Noventa y Seis y enfilar hacia el este de la isla.

—Jefe, no podemos continuar por mucho tiempo en esta situación —advirtió Snipper—. Tarde o temprano nos cogerán.

—¡No seas miedoso! No hay más remedio que seguir adelante. ¿Sabéis qué pena nos impondrían después de haber matado a un policía?

Todos respondieron con un gesto afirmativo de cabeza. ¡Ya lo creo que lo sabían! La sombra de la fatídica silla eléctrica se cernía sobre ellos.

Continuaron por la calle Noventa y Seis, sin que tuviesen otro nuevo tropiezo, y cruzaron las avenidas Sexta, Quinta, Lexington y Madison como un meteoro, sin que por un solo momento cesara la persecución.

El ruso abrió la cartera, y sacando los papeles los prendió fuego dentro del coche.

—¿Para qué hace eso, jefe? —preguntó, extrañado, uno de la banda.

—Por si nos atrapan. Con estos documentos seríamos fusilados en el acto —respondió, lanzando las cenizas a la calle.

Un certero disparo de la Policía perforó limpiamente el cristal trasero, alcanzando a uno de los *gangsters*, que chilló como una rata. La herida era mortal.

—Abrid la portezuela y arrojadlo a la calle —ordenó el jefe.

Al llegar a una esquina, disminuyeron la velocidad y aprovecharon la oportunidad para lanzar al infortunado compañero. Pero lo que no esperaban los demás era que el jefe se arrojara tras él.

—¡Nos ha traicionado el *boss*! —dijo uno de ellos, al mismo tiempo que disparaba su pistola.

Una bala cruzó muy cerca de él, y este se perdió por una de las calles, mientras los demás continuaban en el coche, tratando desesperadamente de librarse de la persecución.

Nuevos disparos perforaron uno de los neumáticos traseros que les hizo perder por un momento la dirección.

No pudiendo rectificarla, ya que cuando trataron de hacerlo el automóvil se había incrustado en un luminoso del escaparate.

La Policía llegó al momento al lugar del accidente, e hicieron un cordón. Los *gangsters* se encontraron copados y no tuvieron más solución que presentar batalla.

Los agentes detuvieron todo el tráfico circulatorio de la calle y rodearon al coche, colocando uno a cada lado y otro de frente. Así, de esta manera, resultaba perfecta la distribución.

Los bandidos tuvieron que replegarse, permaneciendo en el interior mientras que la Policía, con buenas ametralladoras, regaban el espacio de plomo.

Dentro del automóvil aumentó el pánico. Los hombres estaban desmoralizados, y cada uno trataba de salvar su piel aun a costa del compañero.

—¡Rendíos! —la orden fue lanzada desde un coche oficial por medio de una bocina—. ¡Salid uno a uno y con los brazos en alto!

Por toda respuesta, un *gangster* disparó. Rendirse era infantil. Había que salvarse o morir peleando. Cada uno sabía cuál sería su suerte si obedecía.

—¡No habrá cuartel! ¡Estáis copados! —volvió a decir la misma voz.

Se hizo un silencio. La calle se había quedado desierta. Los transeúntes que no habían podido huir, estaban metidos en los portales. La Policía dominaba toda aquella zona.

Transcurrió un minuto. Pasado este, una ametralladora de la Metropolitana comenzó a funcionar. Los impactos se clavaron en la carrocería del coche acordonado.

Algunos tiros cruzaron por sus ventanas. Un bandido cayó fulminado. El arma resbaló de sus dedos al suelo del automóvil. Sus compañeros no pudieron arrojarlo fuera, pues abrir la puerta significaba el fin.

Otro bandido asomó imprudentemente la cabeza. Dejó de interesarle la lucha ante el horror de los demás, que veían allí el término de su carrera criminal.

Lentamente fueron cayendo uno tras otro. El último superviviente sacó el pañuelo en señal de rendición.

—Salga sin temor —ordenó el sargento—. Hemos entendido su señal. Pero hágalo sin armas y con las manos bien visibles.

El *gangster* obedeció y avanzó hacia uno de los coches. Inmediatamente fue esposado, pasando a ocupar uno de los asientos de la Metropolitana. El sargento abrió el micrófono y comunicó con el cuartel:

—Aquí Dexter. Todo listo. Llevamos un prisionero. Hemos de lamentar una baja. Podemos dar este asunto por terminado. Ahora iremos al cuartel a entregar al detenido.

CAPÍTULO V

E

L comisario cortó la comunicación y se volvió hacia los tres amigos.

—Ya han visto, señores, el resultado de tener una buena organización. Han tardado veinticinco minutos. Creo que hemos batido un récord de velocidad.

—¡Ciertamente, ha sido una excelente marca! —dijo Douglas.

—La Metropolitana ha hecho un gran servicio. Ahora nosotros nos marchamos. Aún nos queda mucho trabajo.

—Como ustedes quieran. Mandaré un informe detallado de la labor desarrollada por su actuación, a no ser que usted mismo, Larry, prefiera hacerlo.

—Me es igual. Hágalo usted.

—De acuerdo. No obstante, permítame que le felicite. Se ha portado como un valiente, a pesar de estar dado de baja en el Cuerpo. También es digna de todo elogio su intervención, míster Murphy. El F.B.I. puede estar orgulloso de sus hombres.

Una vez en la calle, proyectaron lo que habían de hacer.

—Yo me marchó al hotel —dijo Douglas—. Tengo allí un asunto que resolver. Vosotros sería preferible que por ahora no volvierais a vuestra casa. Procurad por unos días instalaros en cualquier otra parte, pues mientras tengas en tu poder el microfilm, te buscarán. A propósito, ¿dónde lo guardas?

—¿El microfilm? No lo tengo: lo perdí.

—¿Cómo...? ¿Cuándo? —preguntó el agente del F.B.I., extrañado.

—Momentos antes de hacerme prisionero lo escondí en el cargador del revólver. Al caer herido perdí el revólver.

—Tal vez conserve el arma alguno de los *gangsters* —dijo Douglas, esperanzado.

—Seguramente. Ten en cuenta que fue el que tú me regalaste, y aquello era una verdadera joya.

—¡Qué le vamos a hacer! —suspiró—Afortunadamente tenemos varias pistas y podemos ponerlas en juego.

—Es un consuelo. Ahora vayamos a descansar, que hemos pasado una jornada muy desagradable, y estoy molido de tantos golpes. Mi hermana y yo iremos a casa de un viejo amigo.

—No olvides comunicarme tu dirección. Hemos de resolver juntos este

asunto.

Se despidieron, y Douglas se dirigió al hotel. En su habitación, Castel le estaba esperando. Un fuerte olor a tabaco le llegó cuando abrió la puerta.

—¿Qué has averiguado?

—Pues verás: cuando tú me dejaste, seguí a tu amiga Helen, que me vi negro para no perderla de vista. Ya sabes que Nueva York, a esa hora, es un enjambre de...

—Sí, hombre, sí. Abrevia.

—Está bien, abreviaré; pero te aseguro que si te digo escuetamente lo que he hecho, no le vas a dar importancia. Las cosas hay que florearlas un poco para que tengan algo de sal.

—¡Como quieras! ¿Qué ocurrió?

—Pues nada. La seguí como pude, dejó a su amigo en Riverside Drive, cuyo número apunté, y después regresó al hotel. Se metió en su habitación. Y eso es todo. Como ves, pocas cosas.

—No está mal. Al menos sabemos que Helen pertenece a la organización de espías, y que otro de sus miembros se cobija en Riverside. Algo hemos ganado.

—¿Qué te parece si hiciésemos un registro en su habitación? —preguntó el amigo.

—¡Magnífico! Podríamos hacerlo esta misma noche. Yo, que la conozco, procuraré entretenerla mientras tú efectúas la operación.

—Entonces no hay más que hablar. Bajemos y esperemos la aparición de nuestra dama.

—Sal tú primero. No conviene que nos vean juntos. Quién sabe si Helen tiene amigos en el hotel.

* * *

Cuando el *boss* se apeó del automóvil, abandonando así a sus hombres, lanzó una asustada mirada a su alrededor. Nadie se había fijado en él.

Los disparos de sus compinches no le habían tocado, y la Policía, al pasar junto a él como un meteoro, no le hizo el menor caso.

Le había considerado como un tranquilo y honrado transeúnte, que nada tenía que ver con la cuestión.

Sonrió satisfecho. Se consideraba un hombre inteligente y de suerte. Estaba salvado. Ya no le quedaba por hacer más que meterse por algunas callejas y perderse cuanto antes de aquellos lugares.

A no mucha distancia oyó unos disparos. Sus hombres lo estarían pasando bastante mal. Después llegó hasta sus oídos un ensordecedor ruido de cristales rotos, seguido de un tiroteo estacionado. Dedujo que la caza terminaría allí. Se encogió de hombros.

¿A él qué le importaba la suerte que pudieran correr unos hombres que ya no le iban a servir para nada? No obstante, atemorizado porque alguno pudiera escapar y decidiera tomar represalias sobre él, decidió no abandonar aún aquella barriada.

Se aproximó al lugar de la contienda, y pudo ver cómo el automóvil se había empotrado en el escaparate, rodeando la Policía el vehículo. No tenían escapatoria.

No obstante, sacó la pistola y revisó el cargador. Estaba casi lleno. Si alguno de los que fueron sus hombres lograra escapar, él se encargaría de eliminarle.

No tuvo ocasión de poner en práctica su plan, porque todos murieron en la refriega, y solo uno se rindió. Esto alivió al traidor. La Policía se encargaría de hacer el trabajo que él no había podido. La silla eléctrica terminaría con él.

Ya más tranquilo, se marchó. No quería que al pasar junto a él le delatase el *gangster* superviviente. Tomó el *subway* y pronto se encontró en el otro extremo de la ciudad. Se introdujo por varias calles, hasta llegar a una casa vieja, de aspecto derruido, donde se detuvo. Su tranquilidad había desaparecido.

Sabía que el país para el que trabajaba no perdonaba a los que fracasaban, y él había fracasado, ya que, además de no haber obtenido el microfilm, había dejado escapar a los prisioneros, perdiendo, por si esto fuera poco, todos sus hombres. El fracaso, desde luego, no podía ser más rotundo.

A pesar de todo, había trabajado con buena voluntad y ardor por la causa que defendía. Pero la culpa del desastre no había sido suya, sino de sus hombres, que no le habían servido con la diligencia debida.

No obstante, la responsabilidad recaía sobre él, y esto era lo que más preocupado le tenía. Lo demás eran vanas excusas.

Ante la casa vieja se detuvo y quedó dudando sobre si llamar o no. Lo mejor sería marcharse y no volver por allí. Pero no, entraría, y que pasara lo que el Destino quisiera.

Después de aquella corta vacilación, llamó con tres golpes sonoros y espaciados sobre la puerta, seguidos de dos rápidos. Era la contraseña. Poco después se abrió la mirilla, y un hombre preguntó:

—¿Quién eres?

—Soy Vladimir. ¡Abre!

Los cerrojos se descorrieron, quedando la puerta abierta.

—¿Está el jefe, Runoff?

—Sí, acaba de llegar. ¿Cómo te van los asuntos?

—Mal; francamente mal.

—Lo siento. ¡Sígueme!

Entraron en varias habitaciones contiguas y subieron por una escalera, de aspecto ruinoso, que crujía siniestramente a cada paso. Ante la puerta de un aposento se detuvieron. Vladimir tanteó la pistola. Estaba dispuesto a no dejarse matar en caso de que el jefe condenara su fracaso. Runoff llamó con los nudillos, y un gruñido respondió desde dentro.

—Vladimir ha llegado —anunció.

—Hazle pasar.

Vladimir entró un poco temeroso. Siempre la presencia del jefe supremo de aquella organización le había cohibido, sintiéndose algo empequeñecido.

Runoff entró tras él y se situó al lado de la puerta. Era el guardaespaldas personal del jefe y hombre fiel a la causa.

Vladimir se acercó al jefe, que estaba sentado detrás de la mesa de escritorio, y permaneció en pie.

—Siéntate. ¿Qué hay de nuevo?

—Lo siento. He fracasado.

El jefe arqueó las cejas y el gesto de las mandíbulas se hizo duro. Su mirada brilló.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó secamente.

Vladimir le contó todo lo ocurrido.

—Bueno, si eso es todo, no tienes por qué preocuparte —dijo suavemente, quizá con demasiada dulzura—. Nuestra patria ya sabes que castiga severamente el fracaso. Pero en este caso podemos hacer una excepción. Cualquiera en tu lugar hubiera hecho lo mismo. Así es que puedes marcharte tranquilo.

—Gracias, jefe.

Vladimir salió de la habitación castañeteándole los dientes. Había pasado un mal rato. Su tez había empalidecido durante la entrevista. Runoff quedó en el despacho.

—¡Runoff! —ordenó el jefe—. Vigílele, y si hace algo sospechoso o simplemente que no te guste, ya sabes lo que tienes que hacer. Si esto llegase a ocurrir, te agradeceré no hicieras mucho ruido. ¿Comprendido?

—Sí, jefe.

Salió de la habitación y siguió a Vladimir.

—Has tenido suerte—le dijo amigablemente—. No creí que el jefe llegara a tomar tu asunto con tanta tranquilidad. Hace un momento no hubiera dado un centavo por tu vida.

—Ni yo tampoco —comentó Vladimir.

Despidióse del gigante y salió de la casa con el alma vacía. No le gustaba el giro que iban teniendo los acontecimientos. La forma untuosa y suave como el jefe le había tratado le hacía recelar de la verdad de sus palabras.

Después de su fracaso no veía clara su situación. Había dejado de ser el hombre de confianza, y posiblemente quedaría rebajado, en el mejor de los casos.

Una idea luminosa cruzó por su mente. ¿Por qué no desentenderse de todo y desaparecer? Su documentación falsa estaba en regla; figuraba como americano. Nunca tendría la menor dificultad.

Desde ahora, viviría como un honrado ciudadano de los Estados Unidos. Tenía en su cuenta corriente unos trescientos mil dólares, dinero con el que había de pagar a los *gangsters* eliminados y a todo el resto de la banda que aún estaba al servicio de la organización.

Se quedaría con todo, lo colocaría bien en cualquier negocio y viviría de la renta como un gran señor. De alguna manera tenía que cobrarse los malos ratos pasados.

De buena gana se marcharía aquella misma noche, pero necesitaba dinero, y el Banco no abría sus puertas hasta la mañana siguiente. Tendría que esperar.

Se detuvo ante un escaparate y echó una ojeada a su cartera. Tenía tres mil dólares. Con ellos podría tomar billete para cualquier avión que saliese de Nueva York. Sí, aquello era lo mejor. ¡Si pudiera hacerlo ahora mismo! ¿Y por qué no? Una vez en Chicago o San Francisco, podría pedir la transferencia de fondos al Banco.

Tomó un taxi y le dejó ante las oficinas de una gran empresa de líneas aéreas.

—¿Cuál es el primer avión que sale? —preguntó al empleado de la ventanilla.

—El de Galveston; pero ya está todo el pasaje completo.

—Entonces deme cualquier otro que tenga.

El empleado le miró con extrañeza.

—Solo puedo ofrecerle uno, que saldrá dentro de tres horas, para California. ¿Le conviene?

—Sí, perfectamente.

Como tenía tres horas por delante, pensó en la mejor manera de invertir el tiempo. Cenaría y después iría a ver alguna película.

Pensando en todo esto, no se dio cuenta de que un automóvil se había parado a su lado. Su ocupante se apeó y le puso una mano en el hombro.

Vladimir se volvió, y palideció intensamente al reconocer al recién llegado.

—¡Runoff!

—¿Qué haces por aquí? —preguntó el gigante.

—Nada... Paseaba. ¿Y tú?

—Trabajaba.

—¿Qué clase de trabajo? —inquirió Vladimir, intranquilo.

—¡Oh! Nada. Un asunto sin importancia que me ha encargado el jefe.

—¿Y... has terminado ya?

—Aún no; pero eso no quita para que charlemos un rato. Oye, te encuentro muy nervioso.

—¿Yo nervioso? No sé. Será que te lo habrá parecido. ¿Por qué lo dices?

—Por nada. Tal vez sean suposiciones mías. ¿Has cenado?

—No; todavía no.

—Pues vamos a hacerlo. Te invito —dijo Runoff alegremente.

—Como quieras, pero no tengo mucho apetito.

—Por eso no te preocupes. Yo comeré por los dos —bromeó—. Allí se ve un restaurante.

Vladimir apenas probó bocado aquella noche. Runoff, en cambio, devoraba como un elefante. De seguir así, dejaría sin existencias el establecimiento.

Concluida la cena, el gigante sacó dos cigarros puros, ofreciéndole uno a su compañero.

—No, gracias; no tengo ganas de fumar —dijo.

—Está bien, hombre. ¡Qué raro estás esta noche! ¡Tú has cambiado!

Runoff encendió tranquilamente el cigarro y comenzó a quemar tabaco, aspirando el humo con satisfacción. Una vez consumido, lo arrojó.

—¡Acompáñame un poco! Tengo que enseñarte una cosa que te gustará —dijo, asiéndole fuertemente por el brazo y llevándole casi a rastras hasta el coche.

Nerviosamente se llevó la mano a la funda sobaquera y cogió la pistola. No quería seguir a Runoff. Sabía que aquel paseo significaba su muerte. El gigante, más rápido, le cogió fuertemente por la muñeca, mientras que con la otra mano le golpeaba el rostro. Vladimir soltó el arma y quedó aturdido. Runoff aprovechó para abrir la portezuela y de un empujón meterlo dentro.

—¡Quieto, no seas impulsivo!

—¡Déjame marchar, Runoff! ¡Por favor te lo pido! —suplicó casi llorando Vladimir.

El gigante puso en marcha el automóvil.

—Lo siento, no puede ser. Fuiste muy ingenuo al suponer que después de experimentar un fracaso tan enorme como el tuyo el jefe iba a dejarte marchar libremente. No, camarada; no se puede fracasar. Está castigado con la muerte.

—No, Runoff, no. Déjame escapar. Escucha —dijo con voz febril—: te daré dinero, mucho dinero. Podrás vivir bien toda tu vida.

—¿Cuánto me darías?

—La mitad de lo que tengo. Te daré ciento cincuenta mil dólares.

—No me interesa. Es poco.

—Te daré más si quieres. Subiré hasta doscientos mil.

—Quiero más. Lo quiero todo.

—¿Todo? Pero ¿y yo qué haré después?

—Eso a mí no me interesa. ¡Allá tú!

—No puedo darte tanto. Me quedaría sin dinero y tendría que ponerme a trabajar.

—Es el precio de tu vida. ¡Decide!

Meditó un momento. Luego se decidió:

—¡Eres un canalla! No me queda otra solución. Te lo daré.

—¡Saca el cheque ahora mismo y fírmalo!

Vladimir sacó el talonario del bolsillo y estampó su firma por la cantidad estipulada. Una vez hecho esto, Runoff le arrebató violentamente el papel.

—Ahora llévame al aeropuerto.

—No.

—Entonces para el coche; me apeare aquí.

—No.

—¿Tampoco? Pues ¿adónde vamos?

—Al campo.

—Pero si me prometiste...

—Mis promesas no tienen ningún valor. Ya tengo el dinero, que es lo que a mí me interesaba, y tu vida supone un estorbo.

Desesperado, Vladimir abrió la portezuela, pretendiendo lanzarse a la carretera. Runoff le cogió por el cuello y volvió a cerrar. A continuación le dio un fuerte golpe en la mandíbula, haciéndole perder el conocimiento. Cuando lo recuperó, aún no habían llegado al punto de destino.

Al poco tiempo el gigante paró el automóvil. Un escalofrío le recorrió a Vladimir toda la columna vertebral.

—Ya hemos llegado. ¿Te gusta el paisaje? Es un lugar ideal para morir. No he podido elegir otro mejor.

Y con una facilidad asombrosa cogió a Vladimir por la cintura y, elevándolo por encima de su cabeza, como si se tratase de una pluma, tomó un poco de impulso y lo lanzó como una pelota contra un árbol cercano.

Vladimir lanzó un grito de angustia, cortado bruscamente por el golpe. El grito se transformó en estertor.

Algo se partió en su interior. Sonó un crujido y cayó después al suelo, quedando en una postura inverosímil, cual si fuera un pelele.

Se inclinó sobre el muerto y procedió a sustraerle cuanto de valor llevaba, así como cualquier documentación con la que pudiera ser identificado.

Con esta medida, cuando lo encontraran, despistaría a la Policía en la creencia de que el móvil del asesinato había sido el robo.

CAPÍTULO VI

D

DOUGLAS y Castel llevaban en el hotel largo rato, esperando la llegada de Helen. Como no aparecía, se decidieron a telefonearla.

—¿Diga? —preguntó una voz femenina desde el otro extremo del hilo —. ¿Quién es?

—Soy Douglas. ¿Qué tal, cómo estás?

—¡Hola, Douglas! Me alegro de que, al fin, aparezcas. Estoy bastante abandonada.

—Pues nunca mejor ocasión que la de ahora para desquitarte. ¿Tienes algo que hacer esta noche?

—Nada. ¿Por qué lo preguntas?

—Por invitarte a cenar.

—¡Maravilloso! Acepto encantada. ¿Dónde estás ahora?

—En el vestíbulo del hotel, esperando ansiosamente tu llegada.

—Pues enseguida estaré contigo; no tardaré.

El agente del F.B.I. colgó el auricular y observó la mirada interrogante de Castel. Le hizo un guiño, como diciendo: «Ya picó».

Helen llegó poco después; venía radiante y elegantísimamente vestida, con un provocativo traje de noche. Douglas la miró con fingido asombro.

—¿Es usted mujer, o diosa? ¡Oh, pero si es Helen! ¡Chica, estás que aturdes!

La mujer extendió ambas manos.

—Te estás portando conmigo como un cavernícola. ¡Mira que dejarme todo el día en el más completo abandono!

—¿Qué quieres que le haga? Soy un hombre de muchas ocupaciones.

—¿Tienes mesa reservada? —preguntó ella, cambiando el giro de la conversación.

—No, pero eso lo solucionaremos enseguida. Mejor aún. ¿Qué te parecería si fuésemos a un *night-club* a bailar y allí cenásemos?

—Que eres un sol.

—Pues entonces vámonos a conocer la vida nocturna de Nueva York —dijo alegremente, cogiéndola del brazo y saliendo del hotel.

Al llegar a la puerta, volvió la cabeza y vio a Castel, que le sonreía picarescamente.

El amigo se levantó, lanzando un suspiro melancólico, y subió lentamente por la escalera. Douglas era un hombre de suerte. Así daba

gusto trabajar.

La habitación de Helen estaba al otro lado de la escalera. Tanteó la puerta y comprobó que estaba cerrada con llave.

Lo malo era que no podía utilizar una ganzúa sin llamar la atención de los viajeros que continuamente pasaban por allí, dada la hora tan crítica e importante, como era aquella en que los estómagos hambrientos se dirigen hacia el comedor.

Bajó al vestíbulo y buscó el patio que correspondía a la habitación que trataba de registrar.

Aquel patio no era utilizado por los huéspedes ni por el personal, ya que era ciego, y construido únicamente para dar claridad y ventilación a aquellos apartamentos.

La entrada la tenía por el hueco de la escalera. Estaba entreabierta, pero para pasar por ella no tendría más remedio que ser visto por los empleados que atendían el *hall*. No había más solución que apagar las lámparas.

Así lo hizo. El cuadro de luces se encontraba cerca de donde estaba y no tuvo más que alargar el brazo y tirar del interruptor general.

Inmediatamente reinó en el hotel la más completa oscuridad, que fue aprovechada por el agente para colarse como una centella por el hueco, encontrándose en el patio.

Desde allí divisó la ventana. Un segundo piso no era muy difícil de escalar, y menos aún pasando cerca de dicha ventana la pesa del ascensor.

Así resultaba más fácil; no había más que esperar a que bajara el contrapeso. Para ello tendría alguien que subir al último piso.

Después de estar algún tiempo jugando a coger la pesa, pudo hacerse con ella. Cuando llegó a la altura del segundo piso la abandonó, dando un salto hacia la ventana.

Esta estaba abierta y pasó al interior. La habitación era parecida a la de Douglas. Encendió la linterna y se dispuso a hacer un registro a fondo. Tenía varias horas de la noche por delante.

El armario estaba cerrado. Castel sonrió. Aquella había sido siempre su especialidad. Recordaba que cuando estuvo en la Academia de Quantico se destacó entre sus compañeros por la habilidad en abrir cerraduras.

Abrir un armario era lo más sencillo que se le podía presentar, y más siendo de aquel hotel, en que todos eran iguales. Sacó un alambre del bolsillo y lo dobló por varios sitios. Después lo metió por la cerradura y estuvo hurgando hasta que sonó un chasquido y abrió.

Oprimió el botón de la linterna y un rayo de luz iluminó el interior. Todo eran ropas y prendas de vestir. Introdujo la mano y revolvió en el fondo hasta tropezar con una carpeta.

Ávidamente la sacó y sentóse en una butaca para examinarla. Los documentos estaban escritos en un idioma que él desconocía. Solo de una

ficha de cartulina pudo entender algo.

Tenía la fotografía de Helen, vestida con un raro uniforme, y debajo un nombre: Olga Tovinky. Como desconocía el idioma, decidió llevárselos al F.B.I. para que los descifrarán.

Continuó el registro por la habitación, no encontrando nada digno de interés, y decidió marcharse utilizando el mismo camino por dónde había entrado.

Se sentó en el alféizar de la ventana, y cuando pasó la pesa del ascensor en sentido descendente, se abrazó a ella, bajando hasta el fondo del patio. Cruzó el *hall* sin que nadie se apercibiese de su incursión, y subiendo la escalera se encerró en la habitación de Douglas.

Decidió esperarle y se sentó en el butacón, fumándose cuantos cigarrillos quiso. Como su amigo tardaba, le fue venciendo el sueño.

La postura no era muy cómoda para dormir, tardando en conciliarlo. Por tal razón oyó perfectamente el suave sonido de la puerta al abrirse.

Creyó que era Douglas el que llegaba y no le prestó la menor atención, pero al ver que el visitante no encendía la luz y en vez de hacerlo utilizaba una linterna, se alarmó. Aquel no podía ser él.

Procurando hacer el menor ruido posible, se incorporó, al mismo tiempo que cogía la pistola. El haz luminoso recorrió toda la habitación. Castel, para no ser visto, se escondió al lado del armario. La luz pasó muy cerca de él sin delatar su presencia.

El visitante avanzó hasta colocarse muy cerca del agente. Este oía perfectamente su respiración. La silueta del desconocido se recortó claramente en el marco de la ventana.

El agente no esperó más. Como fiera hambrienta, que acecha a su indefensa presa, se abalanzó sobre él, blandiendo la pistola por el cañón.

El agredido, que no esperaba ataque de ninguna clase, no tuvo ocasión de defenderse y recibió el golpe en la cabeza con increíble violencia, cayendo al suelo sin conocimiento, como fulminado por un rayo.

Seguidamente, Castel abrió el conmutador de la luz, quedando la estancia iluminada.

—Bien, amigo. ¿Conque queriendo dar sorpresas, eh? Verás la que te vas a llevar cuando despiertes.

El desconocido era un hombre de baja estatura y obesa constitución. Bajo el brazo llevaba un voluminoso envoltorio, que Castel examinó.

Se trataba de una esfera metálica con un pistón. Al principio le desorientó aquel artefacto. Más tarde cayó en la cuenta de que se trataba de una mortífera bomba de gas.

Castel no había sido nunca muy aficionado a aquellas bombas, pero en la academia le hicieron documentarse de verdad.

Así es que supo enseguida cómo inutilizarla. Le destornilló el pistón, y

el orificio de salida del gas quedó obstruido.

Se inclinó sobre el caído y, ayudándose de su mismo cinturón, le ató las manos a la espalda, sentándolo a continuación en el sillón.

El golpe debió de haber sido bastante fuerte, porque el merodeador no volvía en sí con facilidad. El agente, mientras tanto, le registró los bolsillos.

Le sustrajo una pistola y la cartera. Esta última la examinó; no contenía ninguna cosa de gran interés. La documentación figuraba a nombre de William Tracy, agente de comercio, residente en Boston. Castel quedó un poco decepcionado. Esperaba encontrar algo más interesante.

Consultó su reloj; las dos y media. Douglas ya no tardaría. Mientras esperaba encendió un cigarrillo.

A la media hora Douglas apareció. Castel se incorporó al verle.

—¿Qué hay, tunante? ¿Te has divertido?

—Bastante.

—Así, como lo haces tú, es una delicia trabajar.

—Y tanto. Tú, ¿qué me cuentas?

—Casi nada; me he fumado todos tus pitillos y te he traído en compensación un regalito. Está un poco deteriorado, pero creo que no importará gran cosa ese detalle.

—Habla en serio de una vez. ¿Qué has hecho?

—Capturar un pájaro en tu misma jaula —exclamó, mostrándole el prisionero.

Douglas se acercó al individuo, que ya había vuelto en sí.

—Yo conozco a este sujeto. Es huésped del hotel, y vino en mi tren desde Chicago. Por cierto, que es un gran digeridor de *spaguetis*.

Ya seriamente, le preguntó:

—¿Qué hacía usted en mi habitación?

—Nada. Es que me equivoqué. Creí que era la mía.

—Muy bien: si se creía que estaba en su propia habitación, ¿por qué no encendió la luz en vez de utilizar la linterna?

—Porque... no encontré el conmutador.

—Y esta bomba de gas, ¿qué significa? —preguntó Castel.

William Tracy no respondió, permaneciendo, a partir de entonces, en absoluto mutismo, negándose a contestar a otras nuevas preguntas.

—Yo le haré hablar —exclamó Castel, quitándose la chaqueta—. No hay más que usar el mismo método que ellos. No falla.

Y tirando con fuerza del nudo de la corbata de Tracy, aproximó su rostro al suyo.

—Ahora, amigo, nos vas a decir toda la verdad. Sabemos que perteneces a una organización de espionaje. ¿Quién es el jefe?

El individuo no respondió.

—¡Contesta! —dijo Castel, zarandeándole brutalmente.

Tracy permaneció impasible. El agente, enfurecido, descargó con violencia la palma de la mano sobre el rostro, al tiempo que le soltaba la corbata. Una sonora bofetada llenó todo el ámbito de la habitación. Como continuara en su mutismo, Castel siguió abofeteándole. Al cabo de un cierto tiempo, se cansó.

—Sigue tú, Douglas. Este individuo es un cabezota; no hay manera de hacerle hablar.

—Ni vale la pena esforzarse tanto. Yo tengo un método mejor. ¿Tienes una navaja?

—Sí; tómala —respondió Castel—. ¿Qué vas a hacer?

—Sacarle los ojos.

Tracy, abatido como estaba a consecuencia de la paliza, levantó súbitamente la cabeza. Douglas se le aproximó.

—Escucha: ahora tienes la ocasión de contar todo lo que sepas; de lo contrario, quedarás ciego. Ciego para toda la vida. ¿Sabes lo que es eso? ¿Sabes el horror que supone, para una persona, encontrarse privado del órgano de la vista, habiéndolo tenido?

Tracy comenzó a asustarse. La amenaza estaba haciendo mella.

—¿Qué decides? ¿Nos dices todo lo que deseamos, o no?

El individuo permaneció en su mutismo. Douglas quedó asombrado. ¿Sería posible que hubiera alguien que prefiriese quedarse ciego por proteger a unos canallas que nada habían de beneficiarle?

No obstante, decidió continuar la comedia hasta el último momento. Con mucha lentitud fue acercando la punta de la navaja hacia los ojos de su prisionero. Este la miraba fijamente, como hipnotizado.

—Mírala bien —exclamó Castel muy oportunamente—. Es lo último que vas a ver.

Aquello hizo reacción en el tozudo prisionero. Tragó varias veces saliva y exclamó en tono de contenida desesperación:

—No, no, no, quieto. Hablaré, diré todo lo que sepa.

—Eso es entrar en razón —dijo Douglas, apartando un poco la navaja—. Así ya podemos entendernos.

—¿Qué quieren saber? —preguntó Tracy.

—¿Pertenece a la organización de espionaje?

El aludido respondió afirmativamente.

—¿Quién es el jefe?

—No lo sé; nadie lo sabe.

—¿Absolutamente nadie?

—Nadie que sea americano. Los muy adictos son los únicos que lo conocen.

—¿Cómo recibís las órdenes?

—A través de Olga.

—¿Olga? —preguntó Douglas, extrañado.

—Olga es Helen —terció Castel—. Lo descubrí cuando registré su habitación.

—¿Qué puesto ocupa ella en la organización?

—Es mi inmediato superior.

—¿Qué hacíais en el tren?

—Vigilarle a usted para eliminarle. Era la única persona que podía averiguar los secretos de nuestra organización —Bueno, por ahora es suficiente. Vamos a llevarle al F.B.I. ¡Desátalo, Castel!

Este obedeció y el espía se encontró libre.

—Ahora salgamos del hotel. Ve delante y no olvides que dos pistolas te están encañonando por la espalda.

Salieron fácilmente y una vez en la calle tomaron un taxi que se acercó, dirigiéndose hacia el edificio del F.B.I.

Douglas estaba impaciente por llegar. Tenían en su poder un elemento que bien interrogado, podría decirles muchas cosas interesantes.

Enfilaron la recta de la Five Avenue sin parar en ninguna parte hasta llegar a la S. Patrick Church. Allí el tráfico se hizo más denso y las paradas más numerosas.

Un automóvil se puso a la altura de ellos. Douglas, distraídamente miró por la ventanilla, y a punto estuvo de dar un brinco de su asiento al reconocer al conductor.

Era Helen, pero una Helen diferente a la que él conocía. Ahora era una mujer de mirada dura y fría sonrisa.

Lo que más le alarmó al agente fue que empuñaba con la mano libre una pistola y apuntaba a los ocupantes del taxi.

—¡Agachaos! —gritó Douglas, al mismo tiempo que se deslizaba hacia el suelo del coche.

Castel rápidamente le imitó. Cuando lo hubo hecho, varios impactos se clavaron en el asiento. Empezando el automóvil homicida una loca velocidad, perdiéndose pronto de la vista de los dos agentes del F.B.I.

Se habían librado milagrosamente del atentado, gracias a su ligereza de acción. Tracy, menos ágil que sus acompañantes, no pudo ocultarse a toda la velocidad requerida, y recibió un balazo en mitad del pecho, rozándole el corazón. Estaba agonizando. Cuando llegaron al F.B.I., llevaban un cadáver.

Condujeron al muerto al depósito y se presentaron en el despacho del inspector Goldwing. Este no estaba, acababa de marcharse y no volvería ya hasta el día siguiente.

—Tendremos que entendérmolas sin él. Esto se complica, Castel. Nos han eliminado la única pista seria que teníamos. Helen se sabe descubierta y es de suponer que haya desaparecido.

—Podemos ir a Riverside Drive.

—¡Es verdad, ya no me acordaba! Telefonea a Larry y dile que le esperamos en la esquina de la calle Veintiséis.

* * *

Helen, una vez consumado el atentado, enfiló rápidamente por Broadway, en dirección a Time Square. Después torció por Tom Avenue, subiendo por la calle Setenta y Cinco hacia el río Hudson.

En Riverside Park abandonó el coche y a pie fue hasta la guarida. Runoff le abrió la puerta, una vez cerciorado de su identidad. Con él estaba Mighty.

—¿Qué vienes a hacer por aquí? —preguntó el gigante extrañado.

—Tracy nos ha traicionado, ha cantado, y le he tenido que suprimir.

—¿También Tracy? ¡Pues sí que llevamos una racha buena! —exclamó Mighty—. Runoff, esta noche, ha hecho lo mismo con Vladimir.

—¿Es que nos delató? —inquirió la espía.

—Delatarnos precisamente, no; pero quiso fugarse con trescientos mil dólares de la organización.

—¿Con trescientos mil dólares? ¿Y dónde están?

—En el Banco. Mañana he de ir a recogerlos. Le hice firmar el cheque antes de matarle —respondió el ruso llevándose la mano a la cartera—. Voy a echar un vistazo al piso de arriba.

Runoff salió de la habitación, sus pasos crujieron por la escalera, quedando solos Helen y Mighty. Después de un corto silencio, preguntó la espía:

—¿Qué harías tú con trescientos mil dólares?

—¿Preguntas que qué haría? Pues lo que todo el mundo si los tuviese. No haría nada. Viviría sin trabajar.

—¿Y si fueran ciento cincuenta mil?

—Lo mismo que con trescientos.

—¿Te gustaría tenerlos?

El interpelado se echó a reír.

—¿Qué preguntas más tontas haces. ¡Pues claro que sí!

—Ahora tienes la oportunidad.

—No lo comprendo. ¿Dónde se encuentran esos dólares?

—Runoff tiene un cheque en el bolsillo, ya lo has oído.

—Con eso no hay que contar —dijo Mighty.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo?

—No; pero quitarle algo a Runoff es como luchar contra una mole de granito. Es un imposible.

—Sin embargo, una bala bien dirigida resuelve muchos problemas, por

muy fuerte que sea el adversario.

—No me convences. Mejor sería tratarlo amistosamente con él.

—¿Y si no acepta?

—Entonces ya utilizaríamos otros medios más rápidos.

Runoff entró en esos momentos en la habitación.

—¿De qué se habla? —preguntó.

—De ti —repuso Mighty.

—¿Y qué tenéis que decir de mí?

—Siéntate, que vamos a proponerte un negocio —dijo ella.

—Hemos pensado—expuso Mighty—que de los trescientos mil dólares que tienes que recoger, podríamos repartírnoslos entre los tres, y marcharnos de aquí con viento fresco.

—No estoy de acuerdo con vosotros. Este dinero es sagrado, pertenece a nuestra organización, y a ella se le ha de entregar. Son fondos destinados para cubrir gastos.

—¡No seas fanático, hombre! ¿Qué nos importan a nosotros todas esas cuestiones que no nos van a beneficiar en nada? Con ese dinero podríamos culminar todas nuestras aspiraciones.

—¡Sois unos miserables traidores! —rugió. Runoff, encolerizado—. Daré cuenta al jefe de vuestra proposición.

—Tú no dirás nada —dijo Mighty encañonándole con el revólver—. Queremos ese dinero y tú nos lo vas a entregar.

—¡No lo haré! —exclamó el gigante, levantándose y avanzando hacia él.

Mighty oprimió el gatillo, pero la bala no salió, a pesar de picar en el pistón. ¡El revólver era el que le quitó a Larry, y seguramente el percutor daría en la cápsula donde estaba el microfilm!

Aquello fue su perdición. Cuando quiso volver a disparar, Runoff llegó hasta él, y violentamente le arrebató el arma, al mismo tiempo que le cogía por el cuello, apretando con fuerza.

Helen sacó su pistola, pero no la usó. Apuntó cuidadosamente a la cabeza del gigante y esperó a que terminara con Mighty.

Cuando este quedó estrangulado bajo las poderosas zarpas del hombretón, Runoff se incorporó, volviéndose hacia Helen.

—Ahora acabaré contigo, miserable arpía.

—No tendrás ocasión —dijo ella.

Fríamente oprimió el gatillo. En sus labios se dibujaba una satánica sonrisa. Sus ojos delataban el deseo de matar.

Runoff abrió los ojos con infinito asombro y detuvo su avance. Los impactos se alojaron en la frente del hombretón de tal manera que, tras permanecer un momento en pie, fue desmoronándose como un fardo.

En su caída arrastró la mesa, que se volcó con todos los objetos que

tenía encima. El coloso había muerto de la misma forma que había vivido: frío, impasible, despiadado.

Helen se acercó al caído y le registró concienzudamente. De su cartera extrajo el ansiado cheque. Lo contempló en su mano con satisfacción. Allí estaba el motivo de aquellas dos muertes: un cheque al portador, firmado por una cantidad exorbitante. ¡Se acabó el trabajar para toda la vida!

Sin hacer el menor caso de los dos cadáveres que en la habitación quedaban, salió a la calle.

Hacía una noche fría, y había comenzado a lloviznar. Miró al cielo, y unas chispitas de agua le salpicaron en el rostro.

Agachó la cabeza, comenzando a andar para tomar su coche. Lo que su alma sentía era imposible de saber. Se habían metalizado de tal modo sus sentimientos, que es muy posible que en su interior sonase una canción de júbilo.

Llevaba andando unos pasos, cuando un coche se detuvo cerca de ella.

—¡Alto! —ordenó una voz a su lado.

Helen quedó como petrificara al ver cómo el conductor se apeaba y se acercaba.

—¡Douglas! —exclamó—. ¿Qué haces aquí?

—¿Y lo dices tan natural, después de haber intentado asesinarnos a todos? Vengo a detenerte. Créeme que lo siento, pero es mí deber.

La espía sacó la pistola de su bolso.

—¡No des un solo paso hacia mí! —dijo, encañonándole con firmeza.

Douglas quedó un momento suspenso. No esperaba aquella reacción. Tan rápida y violenta. No obstante, obedeció, pero extendió la mano.

—Dame esa pistola. Estás en una situación en la que no tienes salida. Dondequiera que vayas, te cogerán.

—Eso es cuenta mía. ¡Apártate o disparo!

El agente avanzó hacia la joven. Helen apretó el arma, más no llegó a salir la bala. Un fogonazo partió de la ventanilla del coche, y la pistola cayó al suelo.

—¿Quién ha disparado? —preguntó Douglas.

—Yo he sido —respondió Larry.

—Has podido matarla, y es un eslabón muy valioso.

—No suelo fallar estos disparos. Son tiros muy fáciles.

Helen, al encontrarse desarmada, emprendió una carrera por la avenida, a pesar de su mano herida.

El agente del F.B.I. la alcanzó, revolviéndose ella como una fiera, con las uñas enfiladas como garras. De un arañazo le hizo sangre en el rostro.

Un potente foco iluminó la escena. Era un automóvil de la Policía, que había oído el disparo y se acercó.

—¡Quedan detenidos, en nombre de la Ley!

Castel y Larry se aproximaron, ayudando a Douglas a reducir a la chica.

—¡Quieta, fiera! —exclamó Castel, al recibir él también un fuerte arañazo.

Una vez vencida, fue entregada por ellos a los agentes, no sin antes darse a conocer.

—Será mejor que se la lleven. Nosotros tenemos aún algunas cosas que hacer —dijo Larry.

Los agentes se marcharon con su prisionera, y los tres amigos, libres de aquel lastre, penetraron en la casa.

En la habitación encontraron los dos cadáveres, tal como cuando Helen los dejó. Después de contemplarlos un momento, Larry se aproximó al cuerpo de Mighty.

—¡Mi revólver! —exclamó con júbilo—. ¡Mira, Douglas, aquí está mi revólver!

Rápidamente, y con mano febril, abrió el cargador. Los dos agentes se acercaron a él, con la ansiedad reflejada en el rostro.

—¡Qué! ¿Lo encuentras? ¿Está el microfilm?

—¡Aquí está! —casi gritó el policía, mostrando el balín a sus compañeros.

Sacó una navaja y abrió la bala. En efecto, el microfilm estaba allí, igual que cuando él lo colocó. Un suspiro de alivio escapó de los pechos de los tres amigos.

—¡Al fin los tenemos! —exclamó Castel.

—Pues vamos a dar el golpe final.

—Un momento —dijo Douglas—. Vamos antes a inspeccionar esta casa.

Recorrieron varias estancias, y subieron a la planta superior. Al fondo del pasillo oyeron un débil gemido. Cautelosamente se acercaron, guiándose por el sonido de la voz. El gemido salía de una de las habitaciones.

—¿Quién está ahí? —preguntó Douglas ante una de las puertas.

El gemido se repitió por toda contestación. La puerta estaba cerrada.

—Ayúdame, Castel. Vamos a derribarla. Tú, Larry, quédate vigilando, por si hay sorpresas.

Dando unos fuertes empujones, aplicando ambos hombres el hombro sobre la puerta, saltó pronto por sus goznes.

Dentro de la habitación, que no tenía ventana alguna que comunicara con el exterior, había un hombre. Pero ¡qué aspecto de hombre! Sucio, roto y con una espesa barba cubriéndole el rostro, haciéndole irreconocible. Estaba atado a la pared por unas gruesas cadenas.

Se acercaron al prisionero, y después de examinarlo por unos

momentos, comprendieron que lo primero que habían de hacer era librarle de los grilletes.

Como no tenían con qué abrirlos, decidieron arrancarlos del tabique e ir después al F.B.I. para completar la operación.

Ayudado de Castel, lograron arrancar la cadena de la pared. El prisionero se encontraba en extremo débil.

—¿Quién es usted? —inquirió Castel.

—Yo le conozco —respondió el prisionero—. Se llama Castel, del F.B.I. ¿No me conoce?

—No —respondió este—. ¡Ah, ya caigo! ¡Ya lo creo que le conozco! Usted es el inspector Goldwing. ¡Esto es imposible!

—¡Y tan imposible! —dijo Douglas—. Si esta tarde hemos estado hablando con usted, ¿cómo puede encontrarse ahora en tal estado?

—Aquel es un impostor —acusó Goldwing, débilmente—. Yo llevo aquí cerca de un mes.

—¿Cómo es que no le han matado?

—Porque les hacía falta. Al principio me torturaron para que les contara secretos del F.B.I. y del Estado. Como me negué a hacerlo, decidieron ponerme una inyección cada vez que necesitaban saber algo de interés. ¡Quién sabe la de cosas que les habré contado!

—No se preocupe, inspector —dijo Douglas, poniéndole una mano sobre el hombro—. Tenemos la clave del misterio. Pero, dígame: ¿por qué le eligieron esos bandidos precisamente a usted?

—Fue a raíz de mi reciente vuelta de Washington. Había asistido a unas conferencias secretas en el Capitolio, y quizá fuese este el motivo para hacerme prisionero. También existía la coyuntura de ser soltero y vivir solo. De esta manera resultaba muy fácil sustituirme sin que nadie se diese cuenta. En cuanto al parecido, es un maquillaje. Me hicieron varias fotografías cuando me capturaron. De ahí tomarían el modelo.

Sostenido por los dos agentes, fue el verdadero inspector bajando trabajosamente la escalera. Sus miembros estaban entumecidos por la constante inacción. Se encontraba débil, pero tenía una gran voluntad que le sostenía.

Sin prisas fueron llegando al coche. Larry abrió la portezuela. Castel se colocó al volante.

—Vamos a detener a ese impostor —dijo Castel.

—No lo creo conveniente. Tal vez no esté en su casa —replicó Douglas—. Lo mejor sería pedir ayuda a la Policía Metropolitana, sin contar esta vez con el F.B.I. Podría ponerle sobre aviso.

—Es una excelente idea —opinó Larry.

—¿Y qué hacemos con el inspector?

—Llevarle a tu casa, Larry. Tu hermana le atenderá, y tú, Castel, le

abrirás los grilletes. Siempre has sido un perito en esa materia.

El aludido sonrió, satisfecho, poniendo en marcha el automóvil. Poco después, encontrábanse en casa de Larry. Rossy les recibió con alegría.

—Vas a hacer de enfermera—le dijo su hermano.

—Lo primero que necesita es alimentarse —aseguró Castel con suficiencia.

—Pues si tú no le quitas pronto los grilletes, no podrá comer más que hierro.

—¡Cierto! ¡No me acordaba! Larry, vamos tú y yo a encargarnos de eso. Tu hermana y Douglas se ocuparán de hacer de cocineros.

—Yo no sé cocinar —protestó este—. Lo único que sé hacer es calentar café.

—Rossy te enseñará —aseguró el amigo—. No me negarás que eres un hombre de suerte. Siempre te toca la tarea más agradable.

La muchacha y el agente fueron a hacer los preparativos. Este observó que la joven temblaba ligeramente.

—¿Qué te ocurre, Rossy? —preguntó.

—Estoy pasando un día muy preocupada.

—¿Por qué?

—Por la incertidumbre. No hago más que pensar que un disparo puede mataros.

—Pues no tienes por qué preocuparte tanto. La actuación de tu hermano ya ha terminado.

—Pero... ¿y tú? —dijo ella, expectante.

—Yo tengo que seguir adelante, hasta el final.

—No quiero que te maten.

—¿Tanto te interesa mi vida?

—Mucho —respondió la muchacha, al mismo tiempo que resbalaba una lágrima por su mejilla.

—¿Por qué lloras?

—¡Oh! No hagas tanta preguntas, Douglas.

—Yo contestaré por ti. Tú me quieres. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas. Te quiero —musitó ella débilmente, bajando la cabeza, como avergonzada de su atrevimiento.

Estaban muy juntos. Él, con su estatura, la dominaba.

—Rossy —dijo, tomándola de la barbilla y levantándola la cabeza—, yo también te quiero. Te quiero desde que te vi hecha una mujer.

—¿De veras? —preguntó la joven, brillándole los ojos de felicidad.

—Cuando termine todo esto nos casaremos, y seremos felices.

Lentamente fueron aproximándose, y se besaron. Larry entró de súbito.

—¿Hay por aquí unos alicates? ¡Oye! ¿Qué es esto? De modo que tú, Douglas, lo único que sabes hacer es calentar café...

—Como veras —respondió este con frescura—, también sé hacer otras cosas. Dentro de poco te vas a quedar sin hermana.

Larry sonrió con alegría, y les abrazó.

—¡Enhorabuena, chicos! ¡Que seáis muy felices! ¡No sabéis la alegría que me dais! Lo único que me apena es quedarme sin Rossy. Bueno, no nos quedemos aquí, parados. Cuidad un poco del inspector, porque como se nos muera por negligencia vuestra, os hago detener por homicidio.

—No te preocupes. Le calentaré un buen café —respondió Douglas jovialmente.

Larry siguió buscando por la cocina.

—Aquí están los alicates. Os dejo —dijo, saliendo. Pero después volvió, asomando la cabeza—. No os recomiendo nada. A trabajar, ¿eh?

—Descuida, Larry. Trabajaremos como verdaderos negros. Creo que si nos sobra tiempo, te pintaremos hasta las paredes.

Larry se marchó, lanzando una carcajada.

—¡Qué bueno es tu hermano! Le hemos dado un buen alegrón.

—¡Ya lo creo! Desde ahora solo vivirá pensando en nuestra felicidad.

El inspector Goldwing se reanimó un poco con el brebaje preparado.

—Gracias, muchachos —dijo—, pero no perdáis el tiempo conmigo. La nación espera de vosotros algo más importante que hacer de niñera de un viejo inspector.

—Enseguida lo haremos —aseguró Larry—. ¡Rossy, ocúpate de nuestro huésped! Nosotros vamos al Cuartel Central.

—Ten mucho cuidado —dijo la muchacha, abrazando a Douglas—. Te quiero más que nunca.

Este besó a su prometida.

—Vamos, daos prisa —dijo el hermano—. Tenemos mucho que hacer aún.

Cuando llegaron al cuartel de la Metropolitana, explicaron al jefe lo ocurrido.

—Descifraremos el microfilm en el proyector —dijo este—. Al menos sabremos qué clase de documentos son los fotografiados.

En el cuartel tenían una sala de proyecciones perfectamente montada. En esto no tenía que envidiarle la Metropolitana nada al F.B.I.

El comisario, antes de poner en marca el proyector, adquirió un aire grave.

—Señores —dijo—: ustedes, como agentes del F.B.I. que son, creo innecesario advertirles que se deben en todo momento a la patria. Lo que veamos ha de permanecer en el secreto. Todos debemos mantener nuestra fidelidad e integridad al puesto que desempeñamos.

—Así se hará, comisario —asintió Douglas—. Juro que nadie conocerá por mí el contenido de lo que veamos.

—Ni por nosotros.

El comisario apagó las luces y puso en marcha el proyector. Todos enmudecieron y miraron hacia la pantalla. ¡Allí estaba el contenido del microfilm! ¡La codiciada presa por la que tantos crímenes se habían cometido!

Douglas cortó su respiración de la sorpresa. Lo que estaba viendo era muy interesante, sumamente interesante, y grave. ¡Era una fotografía perfecta de todos los documentos pertenecientes al F.B.I.!

Los originales estaban en Washington y en una cámara acorazada, a la que muy pocas personas tenían acceso. Habían fotografiado los más importantes. ¡Los que contenían los datos y nombres de todos los agentes del F.B.I. en Europa!

De llegar el microfilm a manos de la potencia interesada, hubiera quedado destruida toda la extensa red tejida, los agentes asesinados y los Estados Unidos aislados y sin poder conocer los pasos de los enemigos que trabajaban en la sombra. ¡El F.B.I. hubiera caído por su base!

El comisario encendió las luces. Los cuatro hombres se miraron. Sus rostros estaban graves, conscientes todos de la importancia que el asunto tenía. Douglas sacó un cigarrillo y lo encendió mecánicamente, tirando lejos el fósforo.

—No hay tiempo que perder —dijo, al fin—. ¿Dónde está Helen?

—En el calabozo, abajo —respondió el comisario.

—Pues vamos a interrogarla—dilo con rabia—. Tiene que decirnos todo lo que sabe. ¡Si es preciso, la pegaré!

—No va a ser necesario recurrir a tal extremo.

Douglas se volvió hacia el comisario.

—¿Por qué? —la pregunta era seca.

—Verá. Conozco a un químico, un hombre muy inteligente, que en muchas ocasiones nos ha ayudado en los interrogatorios. Les aplica una inyección, algo semejante al suero de la verdad, que anula completamente la voluntad, y dicen cuánto saben.

—¿Es de fiar ese hombre?

—Absolutamente. Hace muchos años que trabaja con nosotros.

El agente del F.B.I. dudó unos momentos. Al fin se decidió:

—¡Lámelo! Pero no le cuente nada. El interrogatorio lo haré yo.

Una hora más tarde presentóse el químico. Era un hombre bajo, delgado, con lentes y aire soñoliento. En la mano llevaba un maletín. Saludó a todos con una inclinación de cabeza.

—¡Vamos al sótano! —dijo.

CAPÍTULO VII

L

OS coches de la Policía recorrieron las calles de Nueva York a velocidad de vértigo. Las sirenas, que hacían sonar continuamente, les abría el paso entre el enjambre de automóviles que circulaban por las calzadas.

—¿Adónde vamos primero? —preguntó Castel cuando salieron de la población.

—Al cuartel general de esos canallas. ¡Ya pueden cortar las sirenas!

En silencio continuaron el resto del recorrido, hasta llegar a una fábrica con fachada de ladrillo rojo.

—¡Aquí es! —dijo el jefe de Policía—. ¡Rodead el edificio! ¡Todo el que salga quedará detenido!

La red tendida en torno a la fábrica era perfecta. No había escapatoria posible. Cautelosamente los policías estrecharon el cerco, con las ametralladoras preparadas contra aquel que se resistiera. Una puerta se abrió, surgiendo uno de los bandidos.

—¡Alto, o disparo! —amenazó uno de los agentes.

El individuo entró, cerrando la puerta, y los impactos del policía fueron a incrustarse en la madera. Unas voces se oyeron en el interior. La alarma ya estaba dada. Pronto se organizaría una batalla campal.

El comisario ordenó cortar todo hilo o cable que comunicara con la fábrica. Los espías quedaban de esta manera completamente aislados.

Algunos disparos comenzaron a surgir desde las ventanas del edificio. Douglas y Castel avanzaron hasta llegar a un canalón, pegado a la fachada, por el que subieron a pulso, alcanzando el marco de una ventana del primer piso.

Uno de los bandidos se asomó a esa ventana, y le vio, levantando la pistola para descerrajarle un tiro. Pero Douglas, más rápido que él, le atenazó fuertemente por la muñeca.

Colgado como estaba del canalón, no podía hacer mucha resistencia, ya que con la otra mano tenía que aferrarse a la cañería para no caer en el vacío.

Jugándose el todo por el todo, soltó el canalón y aferróse con ambas manos al brazo del bandido. Este no pudo hacer gran cosa para desasirse, pues el peso del cuerpo de Douglas superaba en mucho a sus fuerzas, y lentamente fue bajando el brazo hasta alféizar de la ventana.

Una vez allí, el marco hizo de punto de apoyo, y formando una palanca

de primer género, la potencia venció a la resistencia. Un fuerte chasquido se oyó, y el individuo lanzó un grito de dolor. Se le había partido el brazo.

El agente asió con ambas manos el alféizar, y quedó suspenso en el aire. Castel, que subía detrás de él por el canalón, le cogió por la cintura y, poniendo en tensión sus músculos, le atrajo.

Douglas volvió a hacerse con la cañería, trepando por ella sin ninguna dificultad, hasta llegar a la ventana.

El bandido, en el suelo de la habitación, gemía y se retorció de dolor, sin hacer el menor caso de los dos agentes.

Castel se inclinó sobre él y le desarmó, saliendo al pasillo, encerrándole en la habitación. El corredor era estrecho y tenía una baranda metálica que hacía de balcón a una nave.

Uno de los espías avanzó hacia ellos en la oscuridad, sin pensar que pudieran ser enemigos. Douglas no le permitió salir de su error.

De un formidable derechazo lo lanzó contra la baranda, que por ser un poco baja le sirvió de trampolín, cayendo al vacío, dando una macabra voltereta.

El fin de su caída fue una larga mesa, llena de aparatos químicos y tubos de ensayo, que sonaron con estruendo, quedando ensartado por los agudos cristales.

El grito de muerte lanzado puso en guardia a todos los demás, que concentraron su fuego hacia aquel lugar.

Un potente foco recorrió la nave en busca de los dos agentes, que corrieron por el pasillo a gran velocidad para huir del rayo luminoso.

En mitad del camino recorrido el haz les alcanzó, y Douglas, antes de que comenzaran a disparar, apuntó con su pistola hacia el foco. Un ruido de cristales rotos le acompañó, e inmediatamente la nave quedó a oscuras.

Una granizada de balas se reconcentró en el lugar que ocupaban. Douglas fue alcanzado por una de ellas, que le tocó de rebote. Comenzó a nublársele la vista y cayó al suelo, perdiendo el conocimiento.

Castel permaneció a su lado, sin querer abandonar al amigo, defendiendo la posición como un tigre enfurecido. Pero los espías eran muy numerosos, y su heroica actitud estaba de antemano condenada al fracaso. La situación era desesperada.

La entrada en tromba de la Policía les salvó, ya que los bandidos tuvieron que dedicarse a hacer frente a esta nueva contingencia. Castel procuró ayudar a los agentes, disparando como un loco desde distintos sitios.

El truco dio resultado, porque los espías se fueron replegando ante el temor de quedar cogidos entre dos fuegos. Pronto la Policía llegó hasta donde él estaba. Larry también se acercó.

—¿Y Douglas? —preguntó.

—¡Allí está! ¡Le han dado!

—¿Está muerto? —volvió a preguntar, con ansiedad.

—No lo sé. No he tenido tiempo de examinarle. ¡Vamos a verle!

Se aproximaron. Douglas presentaba una herida en la espalda.

—No está muerto —exclamó Larry—. Aún vive.

Trasladaron a Douglas a una ambulancia y le llevaron al hospital más cercano. La Metropolitana se encargaría de liquidar al resto de la organización. Tenían trabajo suficiente para toda la noche.

El médico del hospital certificó que la herida carecía de importancia. Había perdido mucha sangre, pero pronto estaría en pie. Por el momento había que proceder a extraer la bala.

Los dos amigos se marcharon algo más tranquilizados.

A la mañana siguiente, un automóvil se detuvo ante el edificio del F.B.I., con las cortinillas echadas y tres personas ocupando el interior: Castel, que conducía; Larry, y el auténtico inspector Goldwing detrás.

Este era muy distinto al del día anterior. Su aspecto había mejorado. Aquellas espesas barbas habían desaparecido, el descanso de toda la noche le había vivificado y el color de sus mejillas había renacido después de la sobrealimentación que Rossy le había preparado. Verdaderamente, el inspector era un hombre fuerte.

—Ya hemos llegado —dijo Castel.

—Bájese —ordenó el inspector—, y pregunte si ha llegado el otro yo.

El agente se marchó a cumplir el encargo. Poco después estuvo de vuelta.

—Aún no, inspector. ¿Qué hacemos?

—Entre en el coche para que no le vean desde la calle. Vamos a esperarle.

Castel entró en el automóvil, comenzando una larga espera. Una hora después otro coche se detuvo detrás del de ellos, apeándose un hombre, que entró en el edificio.

—¡Ahí está! —exclamó el inspector—. ¡Es igual a mí! Márchense tras él y entreténganle. Le vamos a preparar una buena función.

Ambos amigos obedecieron. En su despacho entró el falso inspector. Castel pidió permiso.

—Goldwing —le dijo—, hemos logrado rescatar a Larry.

—¿Y el microfilm? —preguntó, con un débil temblor de voz.

—Está en nuestro poder. Anoche, la Policía destrozó toda la organización.

El más vivo estupor reflejóse en el rostro del falso inspector, y su semblante cambió sucesivamente de color.

Haciendo un esfuerzo, consiguió levantarse, al mismo tiempo que dibujaba en sus labios una forzada sonrisa.

—¡Espléndido! Han hecho ustedes un trabajo perfecto. Bueno, tengo que marcharme —dijo, dirigiéndose hacia la puerta.

—Un momento.

El espía se volvió violentamente, y Castel continuó, con una amplia sonrisa:

—Se le olvida la cartera.

—¡Ah, sí... es verdad! ¡Démela!

—A propósito: ¿tiene lumbre? —preguntó, mostrando un cigarrillo—. Me he quedado sin cerillas.

El falso inspector le ofreció la llama del mechero. Sus manos temblaban ligeramente. Después se dirigió hacia la puerta. Un hombre entró en aquel momento, impidiéndole la retirada.

—Pasa, Larry —dijo Castel—. Te presento al inspector Goldwing.

—¿El inspector Goldwing? ¡Imposible! ¡Si hace un momento que he estado hablando con él! Usted se mueve con la velocidad de un relámpago.

Aquello culminó el punto de nerviosismo del espía, que, dando un salto, pretendió salir del despacho; pero Larry le cerró rápidamente la puerta.

Castel se abalanzó sobre él y le sustrajo la pistola. El espía se revolvió como una fiera acorralada, tratando de golpearle.

Castel, haciendo gala de su excelente preparación física y agilidad, esquivó el golpe, al mismo tiempo que le colocaba un formidable directo en la mandíbula que le envió rodando por el suelo unos pasos más allá, inconsciente.

En este momento se abrió la puerta y penetró el verdadero inspector.

Goldwing inclinóse sobre el espía y procedió a quitarle el maquillaje. Ante ellos apareció un hombre muy distinto al que conocían. Era calvo y de facciones angulosas.

—Aquí tienen ustedes al verdadero jefe de la organización en los Estados Unidos. En la silla eléctrica purgará todos sus crímenes.

Extrajo unas esposas de la mesa del escritorio y las cerró sobre las muñecas del espía. A continuación pulsó el timbre, apareciendo un subordinado, que, tras un momento de sorpresa, volvió a salir, para regresar acompañado de otro agente, que retiraron el inanimado cuerpo de aquel que intentó burlarse del F.B.I.

—Veamos qué hay aquí —dijo el inspector, señalando la cartera del espía.

Sacó de ella unos papeles, y una exclamación de indignación se escapó de sus labios.

—¡Serán canallas! —y mostrándolos a los presentes, dijo—: Estos documentos completan los del microfilm. Es toda nuestra red en Asia. Afortunadamente, hemos llegado a tiempo. Si hubiera logrado escapar, nos

hubiéramos visto precisados a cambiar todo nuestro sistema, para evitar la muerte de nuestros compañeros.

—Eso demuestra —aseguró Castel— que están en continuo contacto con todos los países del mundo, de donde se deduce que la cabeza radicaba en los Estados Unidos.

—Justamente. Ahora lo que nos falta saber es quiénes componen la banda en el extranjero.

—La Policía Metropolitana habrá encontrado todo género de documentos.

Larry intervino en la conversación:

—Procuraré enterarme de eso —dijo.

Tomó el teléfono y habló con el comisario por espacio de unos minutos, mientras los otros dos, atentos, esperaban el resultado. Cuando colgó el auricular, se volvió, alegremente, a sus amigos:

—Podemos darnos por satisfechos. No va a quedar ni una rata.

* * *

Douglas abrió los ojos, y lo primero que vio fue la imagen de Rossy, que, inclinada sobre él, le sonreía amorosamente.

—¡Gracias a Dios, Douglas! ¡Qué preocupada me has tenido!

—¡Rossy! —le dijo, acariciándole la cara—. No hay nada más agradable para un hombre que encontrarse junto a su amada después de una dura lucha. ¡Te quiero!

—Y yo a ti. Eres toda mi vida.

—Cuando pueda levantarme, nos casaremos. ¿Te gustaría vivir en Chicago?

—Contigo, en cualquier sitio. Ahora lo que me apena es dejar a mí hermano solo. Me necesitará.

—No te preocupes por Larry. Vivirá con nosotros. Si yo he vivido con vosotros cuando terminó la guerra, siendo un amigo, con mayor razón lo hará él siendo un hermano.

En este momento se abrió la puerta, apareciendo el inspector Goldwing, acompañado de Larry y Castel.

—Enhorabuena, inspector Murphy —saludó Goldwing, estrechándole la mano.

—¿Inspector? —dijo Douglas, extrañado—. Será agente.

—Nada de eso. Es usted inspector. El F.B.I. le ha ascendido como premio a sus servicios.

—Pero yo no lo esperaba, ni creo merecerme nada. No he hecho más que cumplir con mi deber, como todo honrado ciudadano de los Estados Unidos.

—No sea modesto, Murphy. A no ser por usted, no hubiéramos podido descubrir esa maldita plaga.

—Ya lo sabes, Douglas —dijo Castel—. Desde este momento eres inspector. Tendré que ponerme a tus órdenes. A Larry y a mí nos han felicitado. ¿Qué te parece?

—Que os lo merecéis. Me alegro mucho de este triunfo.

—¿Qué piensas hacer cuando te levantes? —preguntó Larry.

—Casarme con Rossy.

—¿Casarte? —exclamó Castel, asombrado—. ¡Qué locura! ¡Creí que eras un hombre de talento!

—¿Dónde piensa instalarse? —inquirió el inspector Goldwing.

—En Chicago. Pertenezco a esa plantilla.

—¿Por qué no se decide a vivir en Nueva York? Ahora tiene la oportunidad de solicitar destino. A mí me gustaría trabajar con un hombre como usted.

—Eso es lo mejor —opinó Larry—. Viviríamos juntos y seríamos los tres felices.

—Naturalmente —dijo Castel—. Pero como unos recién casados no pueden tener compañía, Larry se vendrá a mí casa por unos meses, y en paz. ¡Sí, hombre, sí! No seas aguafiestas. ¡Déjalos tranquilos una temporada!

Todos rieron la jocosa ocurrencia del agente, y Douglas se volvió hacia su prometida:

—¿A ti qué te parece, Rossy, de todo esto?

—Sería mi mayor deseo.

—Entonces queda decidido. Viviremos en Brooklyn.

Goldwing hizo un gesto a sus amigos, y los tres salieron, sonriendo, de la habitación, dejando solos a la feliz pareja de enamorados.

FIN



EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO (Madrid) **10**
Ptas.



Concesionarios
exclusivos en América
EDITORIAL AMERICA, S.A.
2180 S.W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145-USA